

BANCES CANDAMO, FRANCISCO (1662-1704)

ORLANDO FURIOSO

Zarzuela

PERSONAS:

ORLANDO, palatino francés.
EL TIEMPO, anciano músico.
MEDORO, joven galán africano.
BATO, pastor rústico.
ASTOLFO, galán inglés.
EL ENTENDIMIENTO, anciano.
GABRINO, criado de Orlando.
EL PENSAMIENTO, músico.
ANGÉLICA, dama india.
EL OLVIDO, músico.
ARMELINA, dama francesa.
EL DESENGAÑO, músico.
MELISA, maga, música.
BELZORAIDA Y NICANORA, indias.
CORO de árboles.
CORO de estatuas.
LISARDA Y TRES PARCAS.
EL ODIO, músico.

JORNADA PRIMERA

Será el teatro una selva florida, y sonando a un lado la música, y a otro las voces de montería, atraviesan el teatro, como en fuga, algunos cazadores, y después Armelina y Lisarda a la francesa, de corto, y con unos venablos.

MUSICOS Dentro.
Sea para bien
la unión siempre feliz
de Angélica la bella
con Medoro el gentil.

TODOS. Dentro
¡Ucho oh!

ARMELINA Dentro
Cobra aquel halcón violento,
que trascendiendo más allá del viento
perdido vaga entre celajes rojos
y ya en el sol se esconde de los ojos.

ASTOLFO Dentro.
A tierra, bruto, a tierra.

UNOS
Cazadores,
huid del monstruo alado los horrores.

Huyendo.

CORO

1° Pájaro formidable surca el viento.
2° Monstruos tiene también cada elemento.
3° ¡Qué horrorosa que es esta!
4° ¡Bestia fiera!

ARMELINA
Cielos, piedad, que aunque a la fuga quiera
encomendar la vida, aun a mi brío
hiela los pasos este pasmo frío.

LISARDA
Berroqueño es mi miedo:
de piedra soy, pues aun huir no puedo.

Descúbrese Astolfo, inglés galán, en el aire sobre un caballo con alas, con un espejo en el escudo y una lanza de oro en la mano, y va bajando.

ASTOLFO
Bella Armelina, deja el susto, aguarda,
que es quien diafanidades vago yerra
el palatino Astolfo de Inglaterra.

ARMELINA
Tente, que humana voz ha articulado.

ASTOLFO

Abate el vuelo, a tierra, monstruo alado,
y aunque escalar el sol vago presumas,
al aire amaina velas, calma plumas.

LISARDA

¡Ay, que a nosotros viene!

ARMELINA

No te alteres,
pues dice que es Astolfo.

LISARDA

¿Cómo quieres
que asombros dejen de causar y espantos,
de las caballerías los encantos,
si hasta hoy las he tenido por novelas?

ASTOLFO

Ya que lo grave desmintiendo vuelas,
monstruo de dos especies y elementos,
abate aquí los ímpetus violentos,
émulo vago de Flegón y Etonte,
y espérame en la cumbre de aquel monte.

Desciende Astolfo y vuela el caballo.

LISARDA

¡Qué bien mandado diablo!

ARMELINA

¿Qué te espantas?

ASTOLFO

¡Oh, Armelina, corónenme tus plantas!

ARMELINA

Primo Astolfo, ¿qué es esto?, ¿qué aventura
divorció tu valor de tu cordura?
¿Pues a un monstruo te fías, que atrevido
peregrino del viento te ha traído?

ASTOLFO

Pésame que tú seas,
bellísima Armelina,

a quien Francia llamó la Peregrina,
quien lo pregunte, pues saber deseas,
bien que público ha sido,
lo que querrás después no haber sabido.
No ignorarás que Orlando el palatino,
a quien razón, o mérito o destino
por tu futuro esposo han declarado,
pues tu padre al morir dejó ajustado
el contrato y la dicha en él segura,
antes que elección fuese fue ventura,
se enamoró de Angélica la bella,
aquella india peregrina, aquella
que tanto amor en quien la vio produjo
que por su vista se mandó el influjo
-perdona el alabártela a quien piensa
con sus elogios minorar tu ofensa-.
Siguiéndola, en fin, vago peregrino,
pues, de su voluntad hizo destino,
sin acordarse de su honor y fama
que a la defensa de París le llama,
donde sitiado Carlos de Agramante,
si resiste constante
al africano, de socorro falto,
descansa de un asalto en otro asalto.
Viendo, pues, que sin él no hay resistencia,
pues cuantas tropas junta mi obediencia
para el socorro en que mi amor no cesa
le piden por caudillo de esta empresa,
a buscarle resuelto he discurrido,
he volado, he corrido
uno y otro horizonte,
de ciudad en ciudad, de monte en monte,
en un caballo alado,
hipogrifo veloz que dio encantado
el docto Malgesí, mágico anciano,
al dócil tiento de mi leve mano,
agravando también la diestra mía
de la encantada lanza de Argalía,
que es toda de oro, cuyo golpe fiero
jamás llegó a tocar a caballero
que de la silla no le derribase
y la firmeza más gentil postrase.
Diome también un cristalino escudo
cuya diafanidad estorbar pudo
de encantos y conjuros la violencia,
pues pacto contra pacto hizo su ciencia,

y porque son, en fin, discursos vanos
usar de tales pactos los cristianos,
dejo aparte si el siglo venidero
al oír los prodigios que refiero
por fabulosos los tendrá en la idea,
pues mejor es que la prudencia crea
docta moralidad, oculta acaso
en la ficción galante de este caso,
si el caballo con alas significa
la diligencia que veloz se aplica
a buscar el socorro en casos tales;
el escudo también, cuyos cristales
deshacen del encanto la violencia,
indica en el espejo la prudencia
que burla prevenida
artificios y encantos de la vida;
la lanza de oro cuyo golpe fuerte
derriba a todos, cifra de esta suerte
de aquel metal la fuerza,
que no hay firmeza que no rinda o tuerza.
En esta, pues, ficción, donde se mira
hermosa la verdad con la mentira,
debajo de su docta fantasía
-tenga el mundo después la historia mía
por verdad o novela-,
buscando a Orlando en el caballo vuela
mi amistad y lealtad, porque presumas
que me calcé de vientos en sus plumas,
pues en él corro tan veloz y firme
que aun la vista se cansa de seguirme.
A esta selva, pues, donde
funesta gruta esconde
en su cóncavo bosque tenebroso,
de Merlín el cadáver prodigioso
llegué, que en ella Malgesí me avisa
que encontraré a la mágica Melisa,
que de otro encanto libertó a Rugero,
y de su ciencia espero
me diga dónde Orlando se recata
y adónde está la fugitiva ingrata
que del amor bandida
entre sus plantas arrastró su vida,
y la sigue, adorando sus enojos,
pues a donde ella el pie pone él los ojos.
Perdona la noticia que te he dado,
que aunque es pública y no la has ignorado;

porque el ánimo irrite
se renueva la vez que se repite
el dolor, aunque acuda
el honor a ampararse de la duda.

ARMELINA

Las damas de mi opinión,
exemptas a la influencia,
no aman por correspondencia
sino por obligación.
Desde que a mi descuidado
pecho, a Orlando valeroso
destinaron para esposo,
decretaron para amado,
aunque él por varia influencia
ame o aborrezca allá,
que en mi obligación está
de más su correspondencia,
y aunque si a mi amor constante
pagara con fee amorosa
viviera yo más gustosa,
no pudiera más amante.
De su amor los desvaríos
que los siento es bien que arguyas,
por ser desazones tuyas
aun más que por celos míos,
pues hijos los celos son,
si les buscas la verdad,
de amor de la voluntad
más que de el de la razón.
Negar no puedo el dolor
de su ausencia, cuando arguyo
que por un afecto tuyo
el Conde falta a su honor,
y este solo es el cuidado
que me has dado, si se infiere
que quien por razón le quiere
le debe querer honrado.
Hoy, por la tristeza suma
que en las soledades siento,
salí a que infesten el viento
esos piratas de pluma,
queriendo aliviarme en vano
pues de todos me desvío
en ese castillo mío
que está a esta selva cercano,

y pues llegas a este fin,
voces vagas escuché
de que esta es la selva en que
la cueva está de Merlín,
pero el paraje a saber
no llegué, ni aquí ha quedado
con el asombro pasado
montero de quien poder
informarnos.

Dentro grita de villanos.

LISARDA

Allí está
una rústica alquería
cuya gente de armonía
bárbara poblando va
el viento.

ARMELINA

Ven, que allí creo
informarme del camino.

ASTOLFO

Tente, que es el que imagino
aun más pasmo que el que veo.

ARMELINA

¿De qué, Astolfo, tan turbado
estás?

ASTOLFO

Retírate aquí,
no nos vean. Ap. ¡Estoy sin mí!

ARMELINA

Ya esto pide más cuidado.

Retíranse a un lado, descúbrese en el foro la fachada de una casería de arquitectura rústica, y delante de ella un portal emparrado donde se verá Angélica, dama bizarra, de india, coronada de plumas y piedras y vestida de campaña; a su lado Medoro, joven galán, de africano, y Bato, viejo, de pastor; Belzoraida y Nicanora, de indias, cantando, y un coro de pastores y pastoras danzando. Por la puerta de la casería, que estará abierta, se descubren adentro adornos rústicos.

MUSICOS

Sea para bien
la unión siempre feliz
de Angélica la bella
con Medoro el gentil,
nevando y ardiendo en el uno y el otro
incendios la rosa y candor el jazmín.

BELZORAIDA Canta.
Sea, y en su unión
se vean competir
la dicha de durable
al gusto de feliz.

NICANORA Canta.
Fecunda sucesión
exceda a este confín
racimos del septiembre,
pimpollos del abril.

MUSICOS
Ardiendo y nevando en el uno y el otro
incendios la rosa y candor el jazmín.

Grita.

BATO
Amigos, la gente toda
su labor por estos días
deje, y toda sea alegrías
de mis huéspedes la boda.

TODOS
Vaya de jira y de fiesta.

ASTOLFO
Mal disimular pretendo.

ARMELINA
Según de la letra entiendo
sin duda Angélica es esta
que se casa.

ASTOLFO
Así es verdad.

ARMELINA

Pobre Conde, y qué dolo
te espera.

LISARDA

¡Pese a tu amor,
tu decoro o falsedad!
¿Eso te causa cuidados
tratándote él con desvío?
Si él fuera marido mío
me le comiera a bocados
y a ella también.

ARMELINA

¿Por qué a ella,
si aunque me da tal recelo,
fue culpa que tuvo el cielo,
si es su culpa el ser tan bella?

LISARDA

Dale muerte.

ARMELINA

No haré tal,
y si algo para vengarme
pudiera en ella irritarme
es que al Conde trate mal.

ANGÉLICA

Mi bien ¿qué suena a tu oído
lo dulce de esta canción?

MEDORO

Que gustoso el corazón
sus acentos ha bebido,
que el aplauso que procura
cantar mi felicidad
fabrica en mi vanidad
otra segunda ventura.
Dicha de todos sabida
dicha es dos veces lograda,
que a veces es envidiada
más gloria que conseguida.

ANGÉLICA

Pues cantad, por presumir
mi fineza singular,

que quien más no puede dar
se engaña con repetir.

BELZORAIDA Canta.
En su belleza el tiempo
no se atreva a imprimir
lo pálido a la tez,
lo marchito al matiz.

NICANORA Canta.
Ella cobre su imperio
tributándole allí
sus veneros Ceilán
y sus venas Ofir.

MUSICOS
ea para bien
la unión siempre feliz
de Angélica la bella
con Medoro el gentil,
nevando y ardiendo en el uno y el otro
incendios la rosa y candor el jazmín.

ASTOLFO
Noticias hallaré así
de Orlando y de su amor ciego.

ARMELINA
Pues se casan con sosiego
no anda el Conde por aquí.

BATO
¿A dónde podrá caber
desde hoy la vanidad mía,
pues esta pobre alquería
palacio ha venido a ser
de bodas de tal grandeza?

ANGÉLICA
Bato, aunque toda la vida
me tendrá reconocida
tu atención y tu fineza,
este brazalete de oro
de diamantes tachonado
te doy por lo que has cuidado
de la salud de Medoro,

y estímale, porque cuando
por todo el orbe constante
me siguió importuno amante
finísimo, el Conde Orlando
me le dio, y aun no he querido
casada que en mi poder
llegue Medoro ni a ver
prendas de un aborrecido.

Dale un brazaletes.

BATO

Mil edades vivas.

MEDORO

No

le lleves, porque se arguya
que antes, por ser prenda suya,
quiero rescatarla yo,
porque un despojo de Orlando
más mi ventura exagera
en mi poder.

Sale y quítale el brazaletes a Bato.

ARMELINA

Eso fuera

a no estarlo yo mirando.

Desvanecida beldad

de tan instable locura

que solo con tu hermosura

compite tu vanidad:

si esta prenda en ti no alcanza

por su dueño estimación,

tú estás con tu sinrazón

culpando su confianza.

Tú, africano, que cobrarla

intentas, según escucho,

¿no ves que se atreve a mucho

quien de él se atreve a guardarla?

Tener una dicha odiosa

es peligro; y tú repara,

¡oh, belleza, en quien lo rara

está aumentando lo hermosa!,

en el riesgo a que se ofrece,

y que de mi esposo el don

merecerá estimación
si cariño no merece,
porque alhaja de su mano
es prenda muy elevada
para mirarla empleada
en un moro y un villano.
A mi castillo acudid,
Bato, cuando el sol descienda,
y en rescate de esta prenda
cuanto quisierais pedid,
que aun no es precio, ¡vive Dios!,
que a alhaja de Orlando excede
ni el deseo de quien puede
anhelar a más que vos.
Infórmate presuroso,
Astolfo, que acá te espero,
y oír más tiempo no quiero
los desaires de mi esposo.

ANGÉLICA
Espera, francesa.

MEDORO
Aguarda,
no la sigas.

LISARDA
Ya es, señora,
necia hidalguía lo que ahora
ejecutas.

ARMELINA
¡Ay, Lisarda!
No apures más mi despecho,
que cuando miro este agravio,
de prudencia tiño el labio
y de dolor baño el pecho.

Vanse las dos.

ANGÉLICA
¿Cómo se atreve he de ver
prenda que es mía a llevar?

MEDORO
No me hagas imaginar...

ANGÉLICA

¿Qué?

MEDORO

Que la sientes perder.

ANGÉLICA

¿Eso dices? Considera
quién soy yo.

MEDORO

Pues en mi amor
¿qué airosa sin mi temor
mi indignidad estuviera?,
que estar con satisfacción
en la dicha que me das
no sé yo si arguye más
que respeto presunción,
y ignoro en igual balanza
cuál es más ofensa aquí,
el creer mérito en mí
o el temer en ti mudanza,
y así a temer siempre anhelo
que a dichas de tal blasón
se quita de estimación
cuanto falta de recelo.

Sale Astolfo.

ASTOLFO

¿Qué es esto, Angélica hermosa?

ANGÉLICA

Seas, Astolfo, bien venido.
Solo tú hubieras podido
a suerte tan venturosa
añadir gusto y pesar,
que pues en tan alta suerte
cupo en mí el gusto de verte,
algo debió de dejar
de ocuparme este contento,
con cuya ocasión presumo
que no debió de ser sumo
pues se ve capaz de aumento,
y aunque más gloria me ofrece

este gusto en mi alegría,
hace la fineza mía
escrúpulo de que crece.
¿Mi boda, que habrá seis días
que fue término a mis males,
y aún duran de estos zagales
las rústicas alegrías,
vendrás a honrar?

ASTOLFO

Ignorante
de todo estoy ¿Quién ha sido
quien la fortuna ha excedido
de tanto supremo amante
como adoró tu desdén?

MEDORO

Quien decirlo no sabrá,
según de sí mismo ya
le desfiguró tal bien.

ASTOLFO

¿Aquella ingrata esquivez
que costó una y otra vida,
a un africano rendida
se ve? ¿Qué es de la altivez
con que despreciaste...

ANGÉLICA

Tente,
que aunque tu duda confieso,
porque admires el suceso,
mi historia es bien que te cuente,
que muchos han deseado
saber, y ya que has venido,
aunque Medoro ha sabido
parte, también ha ignorado
parte, y si el suceso grave
le refiero todo ahora,
por adquirir lo que ignora
tolerará lo que sabe.
Galafrón, emperador
del Gran Catay, cuyo fértil
país en lo más remoto
del polo anterior extiende
sus dilatados dominios,

tan vecinos al oriente
-por ser entre India y Tartaria-
que el sol en sus ondas duerme
antes que en bostezos claros
de púrpura se esperece
y en soñolientos albores
las tibias luces despierte,
plumado de tiernos rayos
fénix del mundo amanece,
Galafrón, otra vez digo,
en cuyas invictas sienes
o tarde o nunca, el olvido
marchitará los laureles,
es mi padre, en cuya corte
del más delicioso temple
nacé donde el día nace
y donde a la Aurora mecen
en transportines de vidrio
que mulla el viento y encrespe,
de las matutinas auras
los blandos céfiros leves,
en tantas cunas de nácar
adonde el golfo congele
con la risa que le cuaja
las lágrimas que le bebe.
Leyendo mi padre un día
en imágenes celestes
a esos cuadernos azules
tantos rojos caracteres
que en los futuros al tiempo
quieren hacer transparentes,
o que en los vidrios del golfo
sus espaldas reverberen,
pues persuaden a los ojos
que traslucen lo que leen,
leyendo que mi hermosura
-perdóneme si la cree
mi vanidad, no porque
en el orbe comúnmente
me llaman todos la bella,
sino por desvanecerme
de que mi hermosura es tal
que tus aplausos merece;
solo en tu elección miradas
perfecciones me parecen
las que de mí me retratas

copiadas allá en tu mente,
y solo a mí me parezco
hermosa, si llego a verme
en las niñas de tus ojos,
que por copiarme se beben
mi imagen arrebatada
en las visuales especies
donde con ellas, cual niño
en bullicios de luz jueguen-,
leyendo mi padre, en fin,
-aquí mi discurso vuelve-,
que sería mi hermosura
la que sola dividiese
el poder del Magno Carlos,
emperador de occidente,
introduciendo discordias
en sus paladines fuertes
que las religiosas armas
por la fe unidos ejercen,
con Argalía, mi hermano,
me envió, porque consiguiese
sembrar disensiones tantas
en la unión de tantos héroes,
porque ¿qué mayor discordia
que una hermosura, si atiendes
que solo es bien para uno
y que todos le apetecen?
No me dio mi tierna edad
licencia de que advirtiese
que aun siendo el intento justo
el medio no era decente,
y así en el mar de la Aurora
tanta copia de bajeles
se previno a mi pasaje,
que siendo volantes puentes
a ser menos la distancia
del golfo que desaparecen
escondiéndola en sus buques
la abreviaran sin moverse.
La capitana, que pudo
más que hospedarme sorberme,
de los ojos me arrebató
la patria, que desvanece
a mi vista con su fuga,
y sus altos capiteles
en nieblas que el sol desata

marino horizonte envuelve,
interponiendo sus olas
cuando la nave rebelde
al levante que acá sopla
y a las olas que allá impelen,
cuesta arriba por las aguas
que en voluble giro rueden
la esférica superficie
del globo del mundo asciende.
¡Cuáles quedaron mis ojos
cuando a mi vista parece
que mi patria es la que huye
no mi vaso el que se mueve!,
pues por disculpar mi ausencia
hacer mi engaño pretende
de los delitos de inestable
aun lo móvil delincuente.
Doblamos de India, de Arabia,
Persia y Africa en tres meses
los no conocidos cabos
a nuestras remotas gentes,
hasta que en las Fortunadas
islas, el mar inclemente
todo el golfo de las aguas
hizo que mi armada siembre;
derramando nuestros vasos
y haciéndoles que embistiesen
contra ancianos promontorios
que de espuma se encanecen,
a la sed del monstruo undoso
que a sus cóleras se enciende,
de despedazados buques
las míseras vidas vierte
donde velas beba el golfo
vomitando después muerte.
Ronco el mar y el aire ronco
de sus bramidos crueles
están, y de las faenas
aun las voces ensordecen
las gúmenas que rechinan,
los buques que se estremecen,
las antenas que se rompen,
los árboles que se tuercen.
¡Qué mucho, si aun irritado
de que el náufrago se queje,

el piélago no permite
que al cielo sus voces lleguen
y hasta en el aire sus olas
las alcanzan y las beben!
Entre otras naves la mía
maltratada se guarece
a un puerto africano, a donde
sobre el ferro se defiende
hasta que en fin reparada
costas de Francia le ofrece
el mar de Aquitania, donde
si la distancia no miente,
di medio círculo al mundo
conducida dentro deste
alado monstruo marino,
pues en su cóncavo vientre
me ha concebido en levante
y me ha abortado en poniente.
Al ejército de Carlos,
opuesto contra las huestes
de Marsilio y Agramante,
dos mahometanos reyes
de España y Africa, que
en africanos jinetes
y andaluces inundaron
toda la Francia, de suerte
que cuanto nievan sus tocas
sus turbantes enrojecen,
al ejército de Carlos
llegué a tiempo que acomete
a las lunas con tan grande
estruendo y ardor tan fuerte
que todo el aire agotaron
las trompas, todo el ambiente
se bebieron los clarines
porque con más horror suenen,
haciendo que hasta los montes
que al ímpetu se estremecen,
por concebirles los ecos
aun los escollos revienten.
Llegué; miráronme todos,
y quedó en todos el verme
inseparable de amarme,
pues tan tibio el brazo hiere
del paladín más gallardo
que a mirarme se detiene,

que colgadas de sus ojos
las manos se le suspenden.
Rendí en fin los vencedores;
no te enojés, no te alteres,
mi bien, por más que te diga
que hubo otros que me quisiesen,
pues al verlos desdeñados
tu amor rehusar no debe
que por contrarios los nombre
quien por triunfos los acuerde;
lidian por mí unos con otros,
pues a las ansias que sienten,
bien que todos desdeñados
de mis rigores se viesan,
aun no pareció partible
la gloria de mis desdenes.
Por defenderme, mi hermano
murió a las manos crueles
de Ferragut. ¡Oh, hermosura,
que en opuestas lides eres
dicha de quien te codicia,
peligro de quien te tiene!
A tantos amantes míos
en los extremos excede
el Conde Orlando, que fino
a seguirme se resuelve
en la peregrinación
que segunda vez emprende
mi derrotada fortuna,
con culto tan reverente,
con afecto tan rendido
y con ansias tan corteses
que -no lo encarezco poco-
sin dejar de aborrecerle
pudieron vivir tratables
su amor y mis esquivaces.
Las aventuras por que
me perdió de vista, queden
a poemas que las canten
y a novelas que las cuenten.
Perdida, en efecto, a Francia
volví por si hallar pudiese
pasaje a mi patria, cuando
una noche que luciente
la luna a las sombras iba
plateando las lobregueses,

entré en esta selva sola,
porque hizo que me perdiese
mi familia entre el horror
el impensado accidente
de una tempestad tan grande
que en la obscuridad que teje
para borrarlos el día
a cegar el sol se atreve.
Sin saber de qué me asusto
al ver que, fantasmas verdes,
le duplican a la noche
el negro horror los cipreses;
bultos concibo las sombras;
aun el susurro más débil
del aire imagino voz,
que las fantasías tienen
para el temor sus oídos
que aun despiertos voces sueñen,
y en el silencio que escuchan
aun lo que no suena entienden.
Un lastimoso rumor
como de voz que se queje
en mi corazón sonó
antes que a mi oído llegue,
porque acá herida la sangre
sin percibirle le siente.
Vuelvo a aplicar el oído
y cuando él la voz inquiera,
el sosiego se le hizo
sospechoso, pues advierte
que sin tocar el oído
la imaginación penetre
de un silencio que oye mucho
un miedo que interior suene.
No hay elección en los pasos
del temor, y así a la suerte
entregué los míos, cuando
lastimosamente hieren
mi pecho tus tristes voces
que aun la fuga me detienen,
pues haciendo que el pavor
mi vida en mi sangre hiele,
congelándome las plantas
mis pasos un pasmo prende.
De una rota que aquel día
dieron allí los franceses

a Darinel africano,
quiso el Amor que tú quedes
mal herido entre el horror
que hizo que aquel campo estéril
despoblándose de vidas
de cadáveres se pueble.
Abiertas tus venas ibas
vertiendo en ondas perennes
tu vida en tu sangre, donde
en las rosas y claveles
que el humor purpúreo chupan
y que con su riego crecen,
tu tragedia está fragante,
tu lástima aun hoy florece.
Mírote a la luna, aplico
al rostro un cendal que bebe
tu sangre, y la simpatía
hacer en mi pecho puede
que al ver verterse la tuya
la mía se me congele.
Limpio el rostro, ya la imagen
que dibuja en él tu muerte
cuanto de incendios le borro
le pinto de palideces.
Una piedad desusada
sin saber por qué me mueve
una compasión traidora,
pues con lento fuego aleve,
tu sangre que se va helando
siento que la mía enciende.
Valida en fin de las artes
químicas que más se aprenden
en la India, hierbas busco
que restañen el corriente
humor, ganando las flores
todo el color que tú pierdes;
vendas mis volantes hago
que las cisuras aprieten
y aquellas nieblas tejidas
que tu púrpura enrojece,
como son nubes de gasa
diluvios de sangre llueven.
Este anciano pastor noble
dueño del rústico albergue
en que estamos, que iba entonces
sobre un huracán de pieles

rompiendo la greña al monte,
hizo que al bruto rebelde
mis quejas ansiosas paren,
mi voz lastimosa enfrene.
Vino, en fin, y condolido
de que ni a la queja alientes,
porque en la ya helada sangre
los suspiros se detienen
y a pedazos tus palabras
cuajadas del labio penden
hasta que a la que se para
precipita otra que viene,
sobre aquel bruto te pone
cuando, lánguido, a quien debes
tanta piedad no percibes,
porque en fin tu vista débil
de mi semblante la ira,
para ti trémula nieve
parece que te derrite
cuanto te la desvanece.
Llegamos a esta alquería
donde mejor pude verte,
y el mirar tus tiernos años
que apenas en flor perecen,
de tu semblante el agrado
en cuyo atractivo afeite
aun el dejo del desmayo
afabilidad parece,
el galán traje africano
en cuyo color ardiente
púrpura te viste Tiro
y te calza tafilete,
fueron en mí despertando
una ansia de que vivieses
que parece piedad solo
y es algo más que parece.
Cuando sanaste de herido
yo adolecí de clemente,
porque en tu flaqueza misma
mi piedad se fortalece,
y amor, que con lo robusto
no pudo mis altiveces
rendir, ya astuto con sola
tu debilidad me vence.
Vencida en fin, ya lo sabes,
rompí los inconvenientes

del temor y del recato,
y así llegué a resolverme
a hacerte mi esposo, donde
nuestras dos manos uniesen
los dos pechos, enlazando
sin que puedan disolverse,
las dos esferas de fuego
en los dos nudos de nieve.
No hay en todo el bosque chopo
cuya corteza no obstente
nuestros dos nombres grabados
adonde tan fijos queden,
que sensitivos producen
y vegetativos crecen.
Aquí estamos detenidos
hasta que a esta costa llegue
embarcación que a la India
nos pase, donde te entregue
la posesión de un imperio
que en tantas piedras lucientes,
cuajando en el centro luces
rayos del sol endurece.
Allí finas esmeraldas
de diafanidades verdes
en las hierbas congeladas
las luces tienen y prenden;
allí artificioso el clima,
porque en tus galas se empleen,
con flores y ramos de oro
jardines de seda teje,
donde va hilando su vida
el gusano que la engendre;
allí peregrinas aves,
por más que al cielo se eleven
y primaveras del aire
volantes jardines yerren,
te matizan en sus plumas
los airones del bonete;
y allí, en fin, todo será
delicias, cuando advirtieres
que la inconstante Fortuna
para sus volubles ejes,
pues en tan excelso trono
quitarte ni darte puede.

ASTOLFO

Tu suceso peregrino
cuánta admiración merece,
pues miro que tu hermosura
tantos amantes desprecie
por ella heridos en tantas
batallas, y que sujete
su albedrío a un africano
herido por accidentes
tan remotos de su amor;
absorto estoy. ¡Ah, mujeres!
Qué soberano albedrío
vuestras libertades tienen,
que ni méritos le obligan
ni servidumbres le mueven,
y solo es él por sí mismo
quien a sí mismo se vence.
Sin duda que aun los influjos
a mandaros no se atreven.
No quiero aquí por Orlando
preguntar, que no es decente
exponer a otro desaire
su nombre. Feliz mil veces
logréis, Medoro, las dichas
que tal fortuna os promete.
Muerto de admirado estoy
¡qué hiciera si amante fuese!
Yo, Angélica, a inquirir vengo
los ignorados retretes
de las grutas de Melisa,
a quien rústicos guarnecen
estos escollos, y a quien
los troncos más eminentes
son fragosas celosías
de enmarañados canceles.
Llegar a hablarla me importa
aunque ignoro dónde encuentre
su albergue, y así si alguno
de estos zagales quisiere
enseñarme, volveré
después a hablarte y a verte.

BATO

Yo, señor, iré contigo.

ASTOLFO

Pues guíame.

ANGÉLICA

¿Y cuándo vuelves?

ASTOLFO

Presto vendré a despedirme.

Ap. ¡Ay, Roldán, si esto supieses!

¿Qué hará quien ama, pues esto
a quien extraña sucede?

Vanse los dos.

MEDORO

Ya me cansaba este Astolfo.

ANGÉLICA

¿Por qué?

MEDORO

Por nada.

ANGÉLICA

¿Qué tienes?

MEDORO

Desde que soy tan dichoso
no hay cosa que no recele.

ANGÉLICA

¿Tú recelar, dueño mío?
¡Ay, mi bien!, si eso te ofende,
no solo quiero en mi vida
volver a hablarle ni a verle,
por no ver un ceño tuyo,
pero aun mi amor te promete
cegar mi imaginación
antes que me represente
objeto que te disguste.

MEDORO

No llores más, no despeñes
más estrellas, que en tu llanto
el alba a pedazos viertes.

BELZORAIDA

¿Nicanora?

NICANORA
¿Belzorida?

BELZORAIDA
¡Quién dijera que viniese
a tal sujeción nuestra ama!

NICANORA
Amiga, quien conociere
que así en hijos de vecinos
paran muchas esquiveces.

ANGÉLICA
Entremos pues, que ya el sol
empieza a herir más ardiente.

MEDORO
Entremos y en esas voces
otra vez el eco alterne.

MUSICOS
Sea para bien
la unión siempre feliz
de Angélica la bella
con Medoro el gentil,
nevando y ardiendo en el uno y el otro
incendios la rosa y candor el jazmín.

Al entrarse se cierra el foro de la casería con uno de selva donde estará la boca de una gruta frondosa y amena y en una corteza tendrá encima el letrero que dirán los versos. Por delante de ella corre un arroyo y de entre los bastidores salen unos troncos; imitan la forma racional, descubriendo los rostros de las ninfas que están transformadas en ellos; han de ser cuatro de hombres y cuatro de mujeres. Sale Orlando, francés galán, con botas, espuelas, borgoñota y coraza, y Gabrino, francés.

MELISA Dentro.
No entres a este bosque, Orlando,
porque importa a tu decoro
y a tu vida.

ORLANDO Dentro.
Ata, Gabrino,
los caballos a esos troncos
que he de buscar en lo más

enmarañado del soto
esta voz.

GABRINO Dentro.
¿Para qué quieres
la voz? ¿Habemos nosotros
de hacer alguna capilla?

MELISA Dentro.
¡Ah, infeliz francés, y cómo
el condicional influjo
te arrastra como forzoso!

Sale Orlando.

ORLANDO
Ven por aquí, que es por donde
la voz parece que oigo
y al tacto de los oídos
ciega en el aire la toco,
pues por más que la percibo
no juzgo que la conozco.

Sale Gabrino.

GABRINO
Los caballeros andantes,
todos del solar famoso
debéis de ser de los Vargas
porque lo averiguáis todo.
Cuando a Angélica buscamos
¿qué te va en ser tan curioso
que tras esta voz el aire
por todos estos contornos
te arrastre de las orejas
por zarzas y por abrojos,
donde aun la voz trae espinas
según picado te noto
de sus avisos?

ORLANDO
Gabrino,
no hay temor, pasmo ni asombro
que a Orlando le dé recelo,
susto, inquietud ni alboroto;
luego decirme esta voz

que no entre en este fragoso
bosque ameno, y provocarme
a que entre en él es lo propio.
A la gruta de Merlín
vengo a preguntar ansioso
por Angélica, que en ella
Melisa está, que a este globo
de más ojos que hay luceros,
de más influjos que hay ojos,
descifra los caracteres
oscuros de luminosos.

Sale Melisa de francés galán, con un espejo en la mano.

MELISA

No pases más adelante,
pues dije que a tu decoro
y vida importa.

ORLANDO

¿Un mancebo
no miras, en cuyo bozo,
avaro el tiempo aun no quiere
desperdiciar hilos de oro?
¿Quién eres tú, que me avisas
ese peligro que ignoro?

MELISA Canta.

Soy el temor de los celos
que en este cristal con recelos y ahogos
de lejos los veo, de cerca los finjo,
y en necios antojos
temiendo lo que no espero
echo a perder lo que gozo.

GABRINO

Terrones de azúcar canta,
y como yo soy goloso,
en los labios del oído
almíbar del aire sorbo.

ORLANDO

Aunque dé a entender tu acento,
süavemente ruidoso,
que en la interior armonía
se escucha como sonoro

¿a qué efecto me previenes
si no temo, pues no logro?

MELISA Canta

¡Oh, tú, paladín gallardo,
por quien la Fama en elogios
a estatuas su templo abulta,
su clarín inflama a soplos,
teme algún fatal aviso
de quien buril alevoso
fue un puñal, y a cuyos rasgos
láminas fueron los troncos!
De este bosque no penetres
el enmarañado coto
ni con tus ojos conversen
las voces que dan sus chopos.
Encantada es esta selva
de quien en árboles broncos
convertidos mil amantes
son ciudadanos frondosos;
aquí escarmientos florecen,
pues aun los gemidos ronc
de sus ramas, son suspiros
a quien dio voz el favonio
desde la ruda corteza
adonde los aprisiono.
Escucha lo que te dicen
allá en su metro ruidoso.

Cantan las figuras que están en los árboles, como convertidas en ellos, poco a poco y estremeciéndose.

Cantan 8.

¡Ay mísero de ti!, si malogrades
el desengaño que hallas en nosotros,
que a esperezos de cortezas
formando acentos llorosos,
cuando el vástago gime
rechina el corcho.

GABRINO

Aquí hay árboles que cantan.
¡Vive Dios!, que aunque sea todo
por arte de encantamento
cuanto sucede a los bobos
que en este mundo se alquilan

para andantes sin retorno,
esto es ya mucho encantar,
y habrá quizá escrupuloso
que sin ver que hallan los hombres
desengaño hasta en los troncos
y que suele lo moral
disfrazarse en fabuloso,
no lo pase.

ORLANDO

Asombros vanos
que monstruos sois espantosos
de la idea, y parecéis
de naturaleza monstruos,
¿quién sois?

MUSICOS

Troncos racionales.

ORLANDO

¿Y qué intentáis?

MÚSICOS

Ser piadosos.

ARBOL 1°. Canta.

Nosotros fuimos un tiempo
héroes del mundo gloriosos
en quien la envidia empleaba
el veneno de sus ojos.

ARBOL 2°. Canta.

De una mágica hermosura
el encanto prodigioso
vistió de incultas cortezas
lo racional en lo tosco.

ARBOL 3°. Canta.

Las gomas que el sol liquida
desatadas en arroyos,
lágrimas son orientales
que lloramos por los poros.

ARBOL 4°. Canta.

Y pues siendo fuertes héroes,
arrastrados de un antojo

de una hermosura al encanto
troncos inútiles somos...

TODOS

¡Ay mísero de ti!, si malogrades
el desengaño que hallas en nosotros,
que a esperezos de cortezas
formando acentos llorosos,
cuando el vástago gime
rechina el corcho.

MELISA Representa.

Orlando, yo soy Melisa,
a quien buscas presuroso,
que en forma de joven quise
advertirte, porque noto
que la persuasión da fuerza
a lo eficaz con lo heroico.
Este espejo es de los celos,
que en su cristal luminoso
aun el riesgo muy lejano
suelen traslucir los ojos.
Si no quieres que te dejen
tan trágicamente docto
en los celos que no sabes
los temores que te expongo,
sal de esta selva y no quieras
penetrar más sus contornos,
pues para que más me creas
dirá mi acento sonoro:

Canta

Soy el temor de los celos
que en este cristal con recelos y ahogos
de lejos los veo, de cerca los finjo,
y en necios antojos
temiendo lo que no espero
echo a perder lo que gozo.

Vase.

MUSICOS

¡Ay mísero de ti!, si malogrades
el desengaño que hallas en nosotros,
que a esperezos de cortezas

formando acentos llorosos,
cuando el vástago gime
rechina el corcho.

ORLANDO

Aunque me dé a entender este
galante metamorfoseo
que el amor a grandes héroes
con engaños cautelosos
convirtió en troncos vivientes,
tan inútiles en todo
que en lo que crecen y sienten
conocen que viven solo,
no está mi amor para avisos,
y solamente los oigo
porque en ver que los desprecio
no obstante que los conozco,
si no mérito segundo
segunda fineza logro.
Aquí la siesta, Gabrino,
pasaremos al umbroso
dosel que de olmos y hiedras,
haciendo al calor estorbo,
anochece en nubes verdes
la fresca sombra del soto.

GABRINO

Pues yo voy por los caballos,
por si en las alforjas topo 1
con qué hacer los duelos menos,
pues cuando contigo troto,
ahíto de andar ayuno
mi hambre en mi flaqueza engordo.

Vase.

ORLANDO

Solo estoy; de tus enojos
quejarme, Angélica, intento,
pues ya está mi pensamiento
dibujándote a mis ojos.
Blancos matices y rojos
va la imaginación mía
hurtando para ti al día,
y traer siempre procura
de sombras de tu hermosura

vestida mi fantasía,
bien que envidioso me vea
cuando ansioso de tus lazos
para asirla entre mis brazos
quisiera arrancar mi idea,
no porque ofenderte crea,
pues tal es tu tiranía,
dulcísima ingrata mía,
que aun está allá con rigor
ofendida de mi amor
tu copia en mi fantasía.
Al soto preguntaré
si has hollado su verdor,
mas ¡ay!, que en sola una flor
se esconderá cada pie.
Ninguna huella se ve,
porque a quien más la apetece
se oculta en lo que florece
produciendo rosas tantas,
por más que a copiar tus plantas
cuanto pisas se enternece.
No ha pasado por aquí
según de lo ajado creo.
Mas, ojos, ¿qué es lo que veo?
¿No dice "Angélica" allí?
Tronco, ¿es esto verdad? Sí,
que al leer esta inscripción,
con hidrópica ambición,
para templar mis enojos
salió a hurtarles a los ojos
los ecos el corazón.
Mas el alma absorta queda
animándome sin mí,

Está escrito en los árboles lo que va leyendo.

que dice "Medoro" allí
y a los dos un lazo enreda.
¿Quién hay que sufrirlo pueda,
si con acero grababa
su nombre quien le copiaba
en un tronco, ¡ay prenda mía!,
que el traidor que le esculpía
el nombre te maltrataba.
"Angélica es de Medoro"
dice en otro árbol. ¡Oh, aleve

mano que a estampar se atreve
lo que ya siento aunque ignoro!
Yo me enternezco, yo lloro.
¿Qué mucho, si a esta pasión
no hay alguna oposición
que en los sentidos resista,
y en los rayos de la vista
se me hiere el corazón?
El nombre es de hombre; mortal
estoy en rabias y enojos.
Rudo tronco, que a mis ojos
gritas voces de un puñal,
no supiste imprimir mal
de su punta lo severo
con que aun vas hiriendo fiero,
si guardando esas razones
heredaron tus renglones
los filos de aquel acero.
Puñal que en los troncos piensa
poner sus nombres, terrible
quiere, en lámina sensible,
hacer viviente mi ofensa.
¿Qué reparo, qué defensa
hallaré a agravio que crece
y que -el pensarlo estremece-
en su vegetable vida,
el tiempo, que otras olvida,
esta injuria reverdece?
Ojos, resistid, que ya
agravio tan declarado,
de vuestro llanto regado
con el tronco crecerá.
Fecundidad triste da
el llanto que me ha bebido
al verde padrón florido;
dolor, no salgas al labio,
pues va creciendo el agravio
del llanto del ofendido.
Otra Angélica sería,
pues otra bien puede haber.
Mas ¡ay!, que no puede ser
que la haya como la mía.
Dulce amiga fantasía,
defiéndeme de este daño;
forme tu artificio extraño
una duda, donde intento

esconder mi entendimiento
de este aleve desengaño.

Sale Gabrino.

GABRINO.

Aquí hay qué comer, señor;
esgrimamos los colmillos
que a peligros de fiambre
se echan rescoldos de vino.

ORLANDO

Muerto estoy.

GABRINO

¿No me respondes?
¿Estás en raptó?

ORLANDO

¡Ay, Gabrino!,
dame, dame algunos golpes.

GABRINO

Dale. De los que de ti recibo
restituyo. ¿Más qué intentas?

ORLANDO

Dispertar si estoy dormido.

GABRINO

Pues señor, o estás despierto
o yo lo sueño contigo.

ORLANDO

Desdichado es mi desvelo,
pues el dolor que examino,
si es malo para soñado
¿qué hará para sucedido?

GABRINO

¿Pues qué es lo que tienes?

ORLANDO

Que
reviento y en vano gimo,
porque ni aun la menor queja

me cabe en cada suspiro,
y de mi pecho no puede
estar mi dolor ceñido.

GABRINO

Habla claro ¿qué te ha dado?

ORLANDO

No sé, no sé. Yo he leído,
Gabrino, veneno en letras.
De estas selvas en lo umbrío
ocultos están en ramas
unos áspides escritos,
que la vista inficionando
en los ojos me han mordido.
Discurriendo van mis venas
entre trasudores fríos
que en agua están por mis poros
vertiendo el calor nativo,
unos puñales de fuego
que hiriendo el corazón mío
le están punzando con llamas
y quemando con cuchillos.

GABRINO

Señor, ya esto va de veras.
¿Qué pasa, dime, por Cristo,
qué es esto?

ORLANDO

Llega a esta gruta
cuyo verde frontispicio
enredan de olmos y hiedras
frondosos nudos lascivos,
y lee de aquella corteza
el padrón vegetativo
que en mi corazón estampa
sus letras; pero mal digo,
sino que el mismo puñal
en él me las ha esculpido.
Pero, Gabrino, no ya
escudero, sino amigo,
si mostrar quieres aquella
lealtad con que me has servido,
lee sin que reserves nada,
por si yo en mi daño finjo,

esa fatal inscripción;
esto solo te suplico.

GABRINO

¿Qué es esto, Orlando, qué es esto?
¿Conmigo tú tan rendido?
Por Dios que a orate sin frates
me va oliendo ya tu estilo.

ORLANDO

No te admires, que esta rabia
celosa, este basilisco
hizo mayores efectos
en los ánimos altivos
que esperan menos la ofensa
y crecen más el delito.

Lee Gabrino.

GABRINO

Dice así: "Nunca profanes
esta gruta, oh, peregrino,
pues de Angélica y Medoro...

ORLANDO

¿Cómo? Vuelve a repetirlo.

GABRINO

De Angélica...

ORLANDO

Eco suave.

GABRINO

... y Medoro...

ORLANDO

Atroz sonido;
mira bien no te equivoques;
advierte qué dices.

GABRINO

Digo
"de Angélica y de Medoro".

ORLANDO

¿Y lo afirmas?

GABRINO
Lo reafirmo.

ORLANDO
Mal hayan, amén, tus ojos.

Dale.

GABRINO
Y mal hayan tus cariños,
que de la caja de tabas
una mezcla me has vertido.

ORLANDO
Pero este ¿qué culpa tiene?
Prosigue.

GABRINO
No quiero.

ORLANDO
Hijo,
amigo.

GABRINO
¡Oh, en yendo por bien
enternézcome y prosigo!
Lee. "... pues de Angélica y Medoro
enredó amor en su sitio
los primeros dulces lazos..."

ORLANDO
Mal los objetos distingo,
turbada la vista, y casi
vacilantes los sentidos.

GABRINO
Lee.
"...hija del rey del Catay
ella, y él..."

ORLANDO
Cielos ¿qué he oído?
¿Ni aun la duda le has dejado

por sagrado a mi martirio,
traidor cruel?

Dale.

GABRINO

Pues, señor
¿yo qué culpa te he tenido
si allí lo hallo escrito?

ORLANDO

Muere.

GABRINO

Derramósele el capricho,
y para molde de locos
se le ha quedado vacío.
Yo voy a buscar pastores
por las grutas de estos riscos,
por si atándole, cogemos
algo del seso vertido.

Vase.

ORLANDO

Traidores troncos alevés,
villanos y fementidos,
que lo que no os preguntaba
todos me habéis respondido,
así pagaréis mi muerte,
que de mi espada en los filos,
ni a florecer escarmientos
os dejaré quedar vivos,
porque aun durará el agravio
lo que durare el castigo.

Saca la espada, acuchilla a los troncos y ellos cantan.

1º. ¡Ay!

2º. ¡Ay!

3º. ¡Ay!

4º. ¡Ay!

TODOS

¡Ay!, que si al golpe me estremezco, gimo
más que de mi dolor de tu delirio.

ORLANDO

Vaga armonía que ignoro
y mal en ecos percibo,
no detendrás mi furor.

GABRINO. Dentro.

Pastores de estos apriscos,
ayudadme a atar a un loco
que ha echado por esos trigos.

TODOS Dentro.

Al loco, al loco.

ORLANDO

Allí tienen
los pastores encendido
fuego. Mueran en los troncos
de las llamas a lo activo
los testigos; beba el fuego
mi ofensa y, cruel ministro,
la memoria de mis celos
guarde él solo allá en su archivo.

Toma un tizón y pega fuego a la selva.

GABRINO Dentro.

Venid a ayudarme.

TODOS

Al loco.

MELISA Canta.

¡Ay de ti, que enfurecido
creciendo vas sin remedio
el agravio con sentirlo!
Representa. ¡Fuego, fuego!

LOS ARBOLES Cantan.

¡Que me abraso!
¡Socorro, cielos divinos!

Salen los pastores que puedan, con hondas y palos.

PASTORES

Al loco, al loco.

ORLANDO

¡Ah, traidores,
que todos habéis leído
mi agravio!

1º

¡Ay de mí! ¿Qué abrazo
es este, que ya despido
el alma en él?

Arrójale y vuela.

2º

¡Ay de mí!,
que un vuelo fatal mido
el aire.

3º

¡Ay de mí!, que el aire
me lleva a mi precipicio.

Vuela.

MELISA Canta.

Si es que para templarte
el bosque enciendes,
la materia que añades
el fuego crece.
El incendio produce
efectos tales
que no se disminuye
si se reparte.

ORLANDO

Nada escucho, nada atiendo,
y pues la espada he perdido,
Arroja la celada y coraza.
huid de mí, armas cobardes,
que puesto que no resisto
con vosotras esta herida
¿qué aprovecha que mi brío
de sus láminas de acero
traiga el corazón vestido?
¡Que me abraso el pecho, cielos!

Revuélcase en el arroyo y corre fuego de él.

Este arroyo cristalino
temple mi fuego...mas ¡ay!,
que al ardiente volcán mío
mariposas son de nieve
sus cristales encendidos

en las llamas que retratan
de todo el bosque vecino,
y está del fuego que copia
todo el arroyo teñido,
que aun la sombra de sus llamas
abrasa su raudal frío.

TODOS Dentro.
Guarda el loco, guarda el loco.

ORLANDO
Aguardad; no fugitivos,
villanos, sembréis de voces
todo el aire, que ya os sigo.

Vase.

MELISA Canta.
Los extremos celosos
dolor no vierten,
porque más los aumenta
quien más los siente.
Los que pierden, si muestran
tantas congojas,
añadiendo están dichas
a los que logran.

UNOS Dentro.
A la cumbre.

OTROS
A la montaña.

Sale Gabrino.

GABRINO
Saltando de cada brinco
va una roca; algún demonio

le espere.

Salen Bato, Astolfo, Armelina y Lisarda.

BATO

Ya, señor, dimos
con el sitio de la cueva,
mas todo está en su distrito
abrasándose.

TODOS

¿Qué es esto?

MELISA Canta.

¡Ay de ti, que enfurecido
creciendo vas sin remedio
el agravio con sentirlo!

BATO

Melisa es.

ASTOLFO

Gabrino, pues
¿qué es esto?

GABRINO

Que habéis venido
todos a mal tiempo, pues
Orlando perdió su juicio
de celos de no sé qué
letreros que aquí escondidos
halló.

ARMELINA

Sin alma he quedado.

ASTOLFO

Sin alma, cielos, animo.

ORLANDO Dentro.

Huid todos.

Sale Angélica.

ANGÉLICA

¡Ay de mí!,
que buscaba este retiro
y está ocupado del fuego.

Sale Medoro.

MEDORO
¿Qué accidente dio motivo,
esposa, a tu veloz fuga,
que siguiéndote he corrido
sin alcanzarte estos montes?

ANGÉLICA
No sé, cielos, que respiro
escollos, pues aún del pasmo
se endurecen los suspiros.

MEDORO
¡ contigo estoy ¿qué temes?

ANGÉLICA Aparte.
Solo el que estés tú conmigo;
no quiero, por no empeñarle,
decirle que a Orlando he visto.

ASTOLFO
Melisa sabia y piadosa;
ya que coronas a giros
el aire...

ARMELINA
Melisa bella;
supuesto que percebimos
en los incendios que esparces
de tu ciencia algunos visos...

ASTOLFO
...de Orlando el furor suspende...

ARMELINA
...sana su dolor esquivo.

ANGÉLICA
Templa...

MEDORO

¿A quién?

ANGÉLICA

Por no enojarte
no me atrevo a repetirlo.

MELISA Representa.

Entrad en mi gruta todos,
en cuyo horroroso asilo
intento prender a Orlando
a mi conjuro oprimido,
pues aunque digan los troncos
vivientes vegetativos...

1°

¡Ay!

2°

¡Ay!

3°

¡Ay!

4°

¡Ay!

TODOS

¡Ay!, que si al golpe me estremezco, gimo
más que de mi dolor de tu delirio.
¡Fuego, fuego, que me abraso!
¡Socorro, cielos divinos!

MELISA.

...vendréis a que el mundo vea
y quede claro a los siglos
Canta. cómo se curan aquellas
víboras crespas, áspides rizos,
que mordiendo la memoria
son de la idea azules basiliscos.

ASTOLFO

Cielos.

ARMELINA

Sol.

ANGÉLICA
Estrellas.

MEDORO
Luna.

ASTOLFO
Astros.

ARMELINA
Flores.

ANGÉLICA
Montes.

MEDORO
Riscos.

ASTOLFO
Doleos todos de este daño.

TODOS
Y todos seréis testigos...

UNOS
.. que vamos a examinaros...

OTROS
... que vamos a descubrirnos...

TODOS Y MÚSICOS
... cómo se curan aquellas
víboras crespas, áspides rizos,
que mordiendo la memoria
son de la idea azules basiliscos.

Vanse

JORNADA SEGUNDA

Descúbrese el jardín de Melisa, y salen Astolfo, Armelina, Melisa de francesa y Lisarda.

MÚSICOS

Cómo se curan aquellas
víboras crespas, áspides rizos,
que mordiendo la memoria
son de la idea azules basiliscos.

MELISA

Ya que a fuerza de mi encanto
a todos os he traído
al fantástico jardín
cuyo frondoso artificio
aun el sol enreda en tantos
verdes vástagos floridos,
y ya que en él preso Orlando,
conjurado y compelido
tiene a su pesar suspenso
el furor, si no el delirio,
¿qué pretendéis?

ASTOLFO

Que de Orlando,
par de Francia y palatino,
Conde de Anglante y de Brava,
y héroe a quien nadie ha podido
vencer, hasta que él ahora
se opuso contra sí mismo,
nos restituya tu ciencia,
libre el discurso y el juicio,
que Carlos, César de Roma,
estando en París ceñido
de enemigos de la fe
y suyos -pues es preciso
que sea enemigo del César
quien es de la fe enemigo-,
a toda la cristiandad
occidental ha pedido
socorro en caso tan grave
y en tan estrecho conflicto
como asaltarle en su corte
número tan excesivo,
que en su cómputo apuradas
las figuras al guarismo,
lo incomprendible se va
introduciendo a infinito.
Tantas auxiliares tropas

como a levantar el sitio
se juntan, todas a Orlando
pidiendo están por caudillo
de la empresa; mas ¿qué mucho
si en su brazo conseguimos
tantos triunfos, y la fama
lidiando, aun con el sonido
antes del combate empieza
a vencer desde el disignio?

ARMELINA

Por esos motivos todos
y porque el Conde elegido
allá en la mente del hado
está para esposo mío,
te pido lo mismo.

Sale Angélica.

ANGÉLICA

Y yo
también, porque habiendo sido
esta elección de Medoro
antes pasión que destino,
no quiero que en las locuras
de Orlando, que enfurecido
quiere hacer tan a mi costa
fineza lo vengativo,
peligre.

TODOS

Por cuyas causas
a saber de ti venimos...

ELLOS Y MÚSICOS

Cómo se curan aquellas
víboras crespas, áspides rizos,
que mordiendo la memoria
son de la idea azules basiliscos.

MELISA

Difícil cura pedís
cuando ya Orlando ha perdido
el juicio de celos, y es
este un dolor tan nocivo
que es mayor donde hay más fuerza,

si el valor, soberbia y brío
contra sí mismos lidiando
pueden más contra sí mismos,
y suele ser el más fuerte
menos valiente consigo.
Yo he de intentar esta cura
por todos cuantos caminos
halle el arte y la experiencia
de estos casos; mas sabido
llevad que porque veais
los remedios que le aplico
y porque el mundo conozca
cuánto efecto han producido
a fuerza de mis encantos,
visible hacer determino
su imaginación, de suerte
que odio, amor, ira, cariño,
pensamiento, entendimiento
y cuanto afecto escondido
interiormente le fuere
influyendo persuasivo,
visibles figuras sean,
pues espíritus que ligo
irán tomando sus voces
de humanas formas vestidos.
De esta suerte veréis todos
que si no sana, he cumplido
con mi piedad y mi ciencia,
con cuyo efecto consigo
que si este suceso sale
al teatro de los siglos,
asentado lo historiado,
sea el ornato festivo.

ANGÉLICA

¿De suerte que hemos de ver
cuanto dentro de sí mismo
batalla?

ARMELINA

¿De suerte que
en la idea has pretendido
dar a sus afectos bulto?

ASTOLFO

¿De suerte que tu capricho
intenta hacernos visible
lo que solo es discurrido?

MELISA

Sí, y no os admiréis de que
hoy mi afecto compasivo
asista a Orlando, pues nace
quizá -¡ay de mí!- este retiro
con que alma de estos escollos
su concavidad habito,
de algunos celos; mas ¡ay,
memoria!, que más me aflijo,
pues segunda vez padezco
el dolor si le repito.
Y asentado que el encanto
tendrá quizá en lo alusivo
oculta moralidad,
retiraos, y sin ser vistos
id observando.

ANGÉLICA

Sí haremos;
pero antes ten entendido
que no ha de saber Medoro
que yo a esta experiencia asisto,
porque, en fin, es ya mi esposo,
aunque humilde haya nacido,
y aunque su edad delicada
no pueda oponerse al brío
de Orlando, ni a su braveza,
tampoco al decoro mío
le conviene desairarlo
con precisarle a sufrirlo.

MELISA

Cuanto esta experiencia dure,
a mis encantos dormido
estará, que lo curioso
no ha de exceder de lo digno
de los sujetos.

TODOS

Pues todos
a saber de ti venimos...

TODOS CON LA MÚSICA

Cómo se curan aquellas
víboras crespas, áspides rizos,
que mordiendo la memoria
son de la idea azules basiliscos.

Vanse.

MELISA Canta.

Quién pudiera curar, cielos,
el tósigo azul de los áspides celos
en cuyos desvelos
y en cuya infeliz dolorosa pasión,
aunque es nada el mal es mortal el dolor.
Su accidente más mortal
es el ignorar el mal
para aplicar el remedio al dolor,
pues en su helar, pues en su arder,
entre el amar y el aborrecer
no se distingue si es odio o amor.
Ya nos sentimos helar,
ya nos vemos abrasar,
terciana que sabe enfriar y encender,
y aunque finja de suyo el valor,
falso es el frío, siendo en amor
tan peligroso el helar como arder.
Esta es fiebre cuyo ardor
el hielo le hace mayor
sin que templanza espere tener,
y según presumo no ha de empezar
llegando a lo sumo a querer declinar,
porque su estado le tiene en crecer.
El enfermo más mortal
ignora adónde está el mal,
de qué se origina y cómo es su rigor,
y en su vacilar, penar y sufrir,
si por vivir se intenta curar
no se halla la herida y se tienta el dolor.
Quién pudiera curar, cielos,
el tósigo azul de los áspides celos
en cuyos desvelos
y en cuya infeliz dolorosa pasión,
aunque es nada el mal es mortal el dolor.

UNA VOZ Dentro.

Melisa, ya a mi conjuro
vienen del pacto oprimidos
los espíritus.

Suena terremoto.

TODOS Dentro.
Ya todos
a tu precepto asistimos
vistiendo sombras al viento.

ORLANDO Dentro.
Ninguno ha de quedar vivo
de cuantos saben mi agravio.

OTROS
Al valle, a la cumbre, al risco.

MELISA
El cadáver de Merlín
habló, ofreciendo al designio
los espíritus que rompen
las cárceles del abismo,
y Orlando, con sus locuras
se acerca: atención os pido
segunda vez a la idea,
astros, planetas y signos,
que visibles sus afectos
hago, y en este artificio
son de interiores pasiones
los personajes fingidos.

Sale Orlando descompuesto, como loco; Gabrino huyendo de él, y después el Odio con alas y flechas y las demás señas de Amor, y una media mascarilla que le coge hasta la boca, donde se le finge un rostro muy airado.

ORLANDO.
Vivo no me ha de quedar
ninguno.

GABRINO
Señor, quedito,
que yo estoy muerto de miedo
sin ayuda de vecinos.

ODIO

Da muerte a todos.

ORLANDO

¿Quién eres
tú, que intentas tan esquivo
irritarme?

ODIO

Soy el Odio
que a Angélica has concebido
y el amor que la tenías
fui primero.

ORLANDO

Ahora digo
que es verdad que se ha trocado
en odio todo el cariño,
porque acá siento una rabia
que se alimenta del mismo
ardor y del mismo fuego
que el amor dejó encendido,
y sin que mude el incendio
solo ha mudado el motivo.
Tú sí me agradas, tú sí
que me templas; ven conmigo,
que hallo un descanso en tenerte,
aun cuando más me fatigo
del ardor con que te tengo,
si en la rabia con que animo
aun de lo que me atormento
descanso en lo que me irrita.

ODIO

¡No dieras muerte a esta ingrata!

ORLANDO

A ninguno es permitido
ajar decoros de damas,
mas si fuese caso digno,
no quedara satisfecho
todo el odio que reprimo
con beber su aleve sangre,
teniendo aun en el fastidio,
cuanto más la sed ahogue,
más sediento el apetito.

GABRINO

Este hombre ya la aborrece.

MELISA

¡Ay, que del Odio no frío!,
que de la llama de amor
se encendió, pues averiguo
Canta. a ser vuelve cariño,
porque en su incendio
si el odio se consume
queda el deseo;
falsas son estas rabias,
pues si se mira,
no hay con celos finezas
como las iras.

ODIO

Y en fin ¿qué intentas?

ORLANDO

Que sientan
mi dolor enfurecido
cuantos supieren mis celos,
por si apurarlos consigo
en la noticia, si no
en la verdad, pues es fijo
que aún más que en el dolor dura
un agravio en los testigos,
pues de lo que en ellos duele
no está en mi mano el alivio,
y ellos con tenaz memoria
le acuerdan si yo le olvido.

GABRINO

Y es decir que alguno hay flaco
de memoria en estos siglos:
para lo que a otro está mal
siempre lo traerá en el pico.

ORLANDO

Mueran a mis iras.

Sale Entendimiento.

ENTENDIMIENTO

Tente, que ya has desmentido
tu fama con tu furor,
si en las locuras que miro
tú mismo de tus elogios
te estás confesando indigno.

ORLANDO
¿Quién eres?

ENTENDIMIENTO
No es maravilla
que no me hayas conocido,
teniéndome tan ajado
en furores y en deliquios:
el Entendimiento soy,
que a moderar me destino
las pasiones, y a tenerlas
en un igual equilibrio;
en las fortunas adversas
soy el más piadoso amigo
pues, sucedidas, constante,
o, esperadas, prevenido,
valeroso desvanezco
las que prudente no evito,
y siendo de las mayores
aun más que el estrago el ruido,
ya que a rebatir el golpe
no basta el esfuerzo mío,
ensordezco el sentimiento
desvaneciendo el sonido.

ORLANDO
Ven acá, ya que consuelas,
y me hallas arrepentido
de no haberte oído antes,
porque aquel furor activo
le arrebató tras sí todo
cuando mi accidente quiso
crédito de poderoso
cobrar con lo repentino.
Respóndeme a una consulta:
yo mis celos no he sabido
con certeza, que a tenerla
no celos estos martirios
fueran, sí agravios celosos;
en los troncos he leído

no sé qué, ya tú lo sabes,
que en los árboles escritos,
aunque me atreví a saberlo
no me atrevo a repetirlo.
¿No puede ser que esto sea
falso? Sí, porque ¿qué indicio
es hallar escrito un tronco,
cuando hay hombres tan indignos
que con andarse jactando
de lo que no han adquirido
intentan ser en la fama
dichosos, desvanecidos
de que otros puedan creerlo
ya que ellos no conseguirlo,
como si el engaño ajeno
pudiera ser propio alivio.
¿En tan tirana esquivez
y en un rigor tan impío
que a voces con sus desdenes
se enojó por atractivos,
pudo ser cierto este amor?
No; mas ¡ay!, que cuando aspiro
a disculparla en las ansias
con que a dos partes vacilo,
tanto como en lo irritado
padezco en lo discursivo,
y por no sufrir la duda
a morir me determino
de la verdad: dila tú,
que yo en dolor tan nocivo
de lo que miro me estoy
cegando con lo que finjo.

MELISA Canta.
Qué feliz el celoso
será que logre
desmentir sus discursos
con sus ficciones.

ENTENDIMIENTO
¿Quieres saber la verdad?

ORLANDO
Eso pretendo.

ENTENDIMIENTO

Pues digo...

ORLANDO

Tente, no la digas; calla,
que aunque más lo solicito
está el alma en tus verdades
temblando de mis oídos.

MELISA Canta. Quien verdad busca en celos
lleva en el alma,
con ansia de saberla
temor de hallarla.

ENTENDIMIENTO

Yo no sé cierta verdad
de lo que allá ha sucedido,
mas no hallo dificultad
si discurro por motivos
naturales, pues no hay cosa
más varia que el albedrío
de la voluntad humana,
cuyo absoluto dominio
obedece a un leve soplo
de los vientos al arbitrio.

ORLANDO

Mal haya, amén, tu agudeza,
pues aleve, fementido,
que contra tu dueño empleas
lo noble de tu ejercicio.
Si yo a que es mentira todo
estaba ya persuadido,
¿qué te cuesta, qué te cuesta
que yo me engañe a mí mismo,
que me estás desvaneciendo
los consuelos aun fingidos?

MELISA Canta.

Quien engañarse en celos
puede a sí propio,
finge sin duda mucho
o entiende poco.

ENTENDIMIENTO

¿Qué entendimiento celoso
no es el mayor enemigo
de su dueño, si esforzando
el mal aún no acontecido,
en contra de lo que veo
persuado lo que imagino?
Quizá por huir el daño
en buscarle me fatigo,
y estoy, por temer el riesgo,
tan ansioso del peligro
que a veces de escrupuloso
donde no le hay le fabrico.

ORLANDO

Pues si así son tus consuelos,
necio sabio, ¿a qué has venido?
¿A ser contra mí no más
lo severo de tu juicio?
Si así sirves consultado
¿no estabas mejor perdido?
Vete de aquí, que me ofendes.

ENTENDIMIENTO

Mira que a tu cura asisto
y es el primero remedio
conocer el mal.

GABRINO

Qué lindo
es argüir con un loco
tan señor de su capricho
que de la menor puñada
desbarata un silogismo.

ENTENDIMIENTO

¿Y aquí paran tus hazañas,
mísero, tú que has vivido
más que tu fama, y tu vida
le ha sobrado a tus prodigios?
Mas pues el entendimiento
representa discursivo
al hombre cuanto le importa,
exponerte determino
allá de tu aprehensión
en los ocultos retiros
lo que me parece que

sucedir puede en el sitio
de París, si en tanto que
te ausentas tú, divertido
en tus necios devaneos
está el César en conflictos.

UNOS Dentro.
¡Arma, arma, guerra, guerra!

OTROS ¡A la muralla, al rastrillo!

Descúbrese la muralla de París, sitiada, con los aparatos bélicos que lo denoten, y salen por diferentes bastidores en batalla, franceses retirándose de los moros, con cuanta confusión se pueda.

MOROS
Huid, franceses.

UNOS
Al muro.

OTROS
¡Socorro, cielos divinos!

OTRO Carlos en París peligra.

1°
¡Oh, qué ingrato es su sobrino
Orlando, que así le deja
por andar desvanecido
en loco amor!

2°
Es traidor.

3°.
Es falso.

4°.
Es impío.

1°.
Socorre, Orlando, tu patria.

OTROS

De cobarde se ha escondido.

Desaparecen las figuras, quedando la ciudad.

ORLANDO

Mentís, villanos.

GABRINO

¿Qué es esto?

TODOS Dentro.

¡A la muralla, al rastrillo!

ORLANDO

¿No ves que dicen en Francia
que soy traidor?

GABRINO

Nada he visto,
que no es fácil prevenir
lo que interiormente quiso
mostrarte tu entendimiento,
mas discurso compasivo
que sí dirán.

ORLANDO

Mientes, mientes.

GABRINO

También miento, y no replico.

ENTENDIMIENTO

Esto que de ti dirán,
¿tu espíritu no ha movido
a cobrar tu antigua fama?

ORLANDO

No, pues antes más me irrita
de que contra una esquividad
mis triunfos no hayan servido,
arrastrándolos un vil
africano advenedizo.
Perezca París, de quien
acá en la idea has querido
representarme el estrago;
no quede en ella edificio

que padrón a mi venganza
no se erija destruido,
que si airoso con mi dama
no he de estar al resistirlo,
¿para qué la fama quiero
si con ella no la obligo?
Y tú no me busques más
ni el remedio ni el alivio
de mi dolor, porque tanto
venero, adoro y estimo
a Angélica, que antes quiero
perder el honor y el juicio
por disculpar su mudanza,
que no que honrado y bienquisto,
infamando su elección
estén los méritos míos,
y sirvan solo a su agravio
no sirviendo a su cariño.

ODIO

¿Y el odio que la tenías?

ORLANDO

Dices bien, mas tú has tenido
la culpa; ponte a mi vista,
que si te ocultas remiso
de su hermosura me acuerdo
y de tu razón me olvido.

Canta.

Emboscados resabios
de afecto tiene
el odio que se olvida
de que aborrece.

Ciérrase el foro de muralla con el de jardín; salón, de un lado cuatro fuentes de fuego,
con estatuas; del otro cuatro de agua, con otras cuatro estatuas, que serán ocho damas, y
el Olvido cantando.

OLVIDO Canta.

Cese, Orlando, en el olvido
el sollozar y el gemir,
que a quien hizo el amor desdichado
solo el olvido hacer puede feliz.

Coro de estatuas cantando en ecos.

ODIO Canta.
No olvides, no no.

CORO 1º.
No, no, no.

OLVIDO Canta.
Sí olvides, sí, sí.

CORO 2º.
Sí, sí, sí.

ODIO Canta.
Que no es venganza olvidar el dolor.

OLVIDO Canta.
Que no hay más vengar que negarse a sentir.

CORO 1º.
No, no, no, no.

CORO 2º.
Sí, sí, sí, sí.

OLVIDO Canta.
Yo soy, Orlando, el Olvido,
del descuido hijo feliz,
pues no hay sentimiento humano
que no se sepulte en mí;
en la más durable pena
que borrar no conseguí,
hago valor del penar;
la costumbre del sufrir.
Limando voy con los días
todas las penas, y así
logro ablandar el dolor
o endurecer el sentir.
De estas encantadas fuentes
que dejó el sabio Merlín,
aquellas saben amar
y estas olvido influir.
Bebe las nevadas ondas,
pues en cada fuente vi,
allí fuego destilar
y nieve aquí derretir.

Olvida de tu pasión
las ansias, pues advertí
que a desdicha sin remedio
no hay más remedio que el fin.

ODIO Canta.

A la ingrata que te ofende
si tú la olvidas así,
de paz para poseer
tu olvido le ha de servir.
De mudable, y no de airada,
hizo a Medoro feliz,
y en quien no intenta que sientas
no es venganza el no sentir.
Si tus iras, por lo menos
pueden obligarla a huir,
mejor es darla un cuidado
que una paz tan contra ti.
Si el odio es más peligroso,
es afecto más gentil
aborreciendo vengar
que no, olvidando, sufrir;
y así en las fuentes de fuego
con armonía sutil,
las estatuas del amor
volverán a repetir...

CORO 1°.

No olvides, no, no, no.

CORO 2°.

Sí olvides, sí, sí, sí.

CORO 1°.

Que no es venganza olvidar el dolor.

CORO 2°.

Que no hay más vengar que negarse a sentir.

GABRINO

Quien tener siempre pudiera
balcón en la fantasía
de un enamorado, viera
que no hay en ella quimera
que no esté haciendo armonía,
y es vista de gran contento.

ORLANDO

¿De suerte que en lo que he oído,
persuadirme a un tiempo siento
de ti al aborrecimiento,
y de ti, Olvido, al olvido?

ODIO

Sí, que ¿por qué un pecho honrado
da al olvido su pasión,
si es al verte sosegado
la quietud de tu cuidado
la paz de su posesión?

OLVIDO

Sí, que si tu agravio piensa
vengarse, el olvido alcanza
más valor, que en tu defensa,
desvanecida la ofensa,
¿qué falta hace la venganza?
Déjala en paz, olvidados
tus celos.

ODIO

Eso no pidas,
que son en los desdeñados
finezas para perdidas
sufragios de condenados.

OLVIDO

Que él conquiste su desdén
sentirlo al principio es justo,
luego no, que en él también,
haciendo costumbre el bien
se va envejeciendo el gusto
en el más enamorado.
Pasando uno y otro día,
lo que tanto ha deseado
bien podrá no darle enfado,
pero ya no da alegría.
En su gusto y tu tormento
te pondrá el tiempo mejor,
pues tendréis, a lo que siento,
tú que ir dejando un dolor
y él que ir perdiendo un contento;

harta venganza te alcanza
si elige a quien no merece.

ORLANDO.

Eso no, que no se ofrece
venganza que sea venganza
si a ella no se lo parece.
El olvidarla es error
por más que el Olvido pida,
pues sin hallarse mejor
¿quién hay que sienta el dolor
y se olvide de la herida?
Que aborrecerla desea
el alma, fingir intenta,
pero cuando esto así sea,
si aun me pesa que lo crea,
¿cómo quiero que lo sienta?
Ya olvidar no he de lograr.

OLVIDO

Solo el llegar a beber
es lo que te ha de costar.

ORLANDO

¡Ay!, que es en el olvidar
lo más difícil querer.

OLVIDO

Solo has de olvidar tu pena
en esta fuente encantada.

ORLANDO

Fuente que el Olvido ordena
para hallada acaso es buena,
pero no para buscada.

OLVIDO

Yo haré que a beber te atrevas
forzado de mi valor.

Lucha con él Olvido por llevarle a las fuentes del amor.

ORLANDO

Ya que mi paciencia pruebas,
¿qué olvido eres, que me llevas
a las fuentes del amor?

ENTENDIMIENTO

La máscara quitaré
a este Olvido cauteloso,
y así al mundo mostraré
que no hay afecto celoso
que sea lo que se ve.

Quítale la mascarilla.

ORLANDO

Pues ¿cómo te veo, traidor,
en memoria transformado?

OLVIDO

El extrañarlo es error,
que no hay memoria mayor
que el olvido con cuidado.

ORLANDO

Dices bien; no hay que tratar
de que consiga victoria
olvidando mi pesar,
si el cuidado de olvidar
se me convierte en memoria,
y pues no he de consolarme,
ya ningún alivio pido
que quiera el olvido darme,
que acordarme del olvido
solo sirve de acordarme.

GABRINO

Yo te lo quise decir
porque no culpes mi celo,
cuando te vi persuadir,
porque no hay mayor desvelo
que el deseo de dormir.
Cuando en olvidar se muele,
hace el que celoso amó
lo que el muchacho hacer suele
que donde un golpe se dio
se tienta a ver si le duele.

MELISA Canta.

Nadie que olvido busque
hay que le encuentre,

solo le halla un amante
cuando no quiere.

OLVIDO Canta.
El olvido se tiene
sin que se sienta,
porque huye al instante
que dél se acuerdan.

MELISA
Desvaneced esas fuentes
pues aumentan su dolor.

OLVIDO
Por más que ausentarme intentes,
te dirá el eco interior
al murmurar sus corrientes...

Con esta repetición se hunden las fuentes y desaparece el Olvido.

CORO 1º.
No olvides, no, no, no.

CORO 2º.
Sí olvides, sí, sí, sí.

CORO 1º.
Que no es venganza olvidar el dolor.

CORO 2º.
Que no hay más vengar que negarse a sentir.

MELISA
Orlando, tu suerte dura
va burlando la experiencia
ansiosa de tu cordura.

Sale el Desengaño de joven galán.

DESENGAÑO
Solo le falta a tu ciencia
la experiencia de otra cura.

ORLANDO
¿Quién eres tú?

DESENGAÑO

El Desengaño.

GABRINO Desengaño tan raído
fuerza es que se le haga extraño,
porque todos han traído
más barbas que un ermitaño.

DESENGAÑO Canta.

Desengaño soy, y error
es esperarme caduco y anciano,
que todo amor muere en flor
y así en la vida amanecen temprano
los desengaños que nacen de amor.
La beldad que adoras hoy
no dudes que vive casada y constante,
porque tal médico soy
que el no haber remedio al dolor del amante
es el primero remedio que doy.
La duda es alivio leve
que aumenta tu sed engañándote injusta
con esperanza tan breve,
porque el enfermo que poca agua gusta
parece cristal y es sed lo que bebe.
De alivios imaginados
mal una duda templarte concierta
con discursos fabricados,
porque la sed entiende despierta
bañar la memoria en arroyos soñados;
no hay remedio, y si tenerle
quiere tu pena en tu mal, para hallarle
el primer paso es creerle
porque un desengaño es desdicha el hacerle
pero una vez hecho es fortuna el lograrle.

ORLANDO

¿Pues tu ciencia mal creída,
en qué dolor halla medio?,
que haciendo mayor la herida,
si quitas antes la vida
¿cuándo logras tu remedio?
Que la que idolatro ausente
casada está, tu rigor
dice, ¡oh médico imprudente,
que sanas solo el dolor

cuando matas al doliente!
¿Cómo curan tus desvelos,
tan trágicamente sabios,
aumentado los anhelos,
pues los que eran en mí celos
pasan en ti a ser agravios?
Muere a mi dolor extraño
por verdadero alevoso.

ENTENDIMIENTO
¿Así le ajas en tu daño?

ORLANDO
¿Qué despecho de celoso
no atropella el desengaño?
No esperen los sentimientos
con que gimo, peno y lloro,
ver templados mis tormentos,
pues la prisa con que adoro
arrastra aun los escarmientos.
Mal se esfuerzan mis pasiones
a huirme de unas prisiones
que aunque en fin romperse puedan
pedazos del alma quedan
en los rotos eslabones:
a mi mano has de morir.

DESENGAÑO
De ti me sabré guardar,
que aunque no me has de admitir
para otros he de vivir
que en ti hayan de escarmentar.

Canta.

porque es el desengaño
tan raro traje
que no les viene a aquellos
para quien se hace.

Representa.

Ven Entendimiento atento
conmigo.

ENTENDIMIENTO

¡Triste de mí,
que me arrebatan violento!

Vase y lleva con violencia el Entendimiento.

ORLANDO

Vete, aleve, aunque tras ti
te llevas mi entendimiento.

MELISA

Repara, Orlando, tu daño,
pues a tu dolor atento
quedas solo con tu engaño,
que siempre el entendimiento
se va tras el desengaño.

ORLANDO

Ven, Odio, y furias de amor
acabar el mundo puedan,
que se ausenta mi furor
de este lugar donde quedan
padrones de mi dolor.

Vase con el Odio.

MELISA

Síguele tú.

GABRINO

Yo no quiero.

MELISA

Seguro vas.

GABRINO

No lo espero,
porque no puede un criado
servir a un enamorado
sin gracia para loquero.

Vase y salen Astolfo, Angélica y Armelina.

MELISA

¿Lo habéis visto ya?

ARMELINA

¡Ay de mí!
Tarde su dolor aguardo.
Pero, cielos, ¿yo hablo así?
¡Oh, cómo en la voz vertí
los celos en que me ardo!

ASTOLFO
Incurable está su herida.

ANGÉLICA
Rebelde está su dolor
desesperando mi vida.

ARMELINA
Pues di, beldad presumida,
¿qué mal te está a ti su amor?,
que elección te hace deidad,
con proceder más injusto
su obstinada voluntad,
si no es lisonja a tu gusto
¿no es triunfo a tu vanidad?

ANGÉLICA
De la hermosura dejemos
cuestiones que den enojos
cuando en competirnos demos,
que la mía, donde hay ojos
no necesita de extremos,
y si se ve más la mía
en esta pasión celosa,
mi beldad aspiraría
a ser solamente hermosa
de Orlando en la fantasía.
Mujeres tan elevadas
desdeñar menos debemos
el ser así idolatradas,
porque nacemos guardadas
en lo mucho que nacemos.
No deben ser en amor
cruelles las enterezas,
siendo el desvío mejor,
que es muy cobarde el rigor
que se asusta de finezas.

Vase.

ASTOLFO

Melisa, ¿no hay esperanza
en otra alguna experiencia?

MELISA

Ya mi ciencia no la alcanza
si no encuentra su templanza;
escondiéndose en la ausencia
ya celoso se ausentó,
y así a estorbar sus extremos
vamos.

ARMELINA

¡Ay de mí, que no
espero que lo logremos!

ASTOLFO

Volveré sin juicio yo.

Vanse y vuélvese el teatro de bosque y salen Orlando y el Odio.

ODIO

¿Dónde, sin vengarte, corres
conmigo?

ORLANDO

¿Cómo podré,
si ignoro dónde esta ingrata
está?, y antes a correr
vuelvo el orbe, no en su busca,
como antes hizo mi fee,
sino a huir de ella, y buscar
en toda la redondez
para mi ausencia un lugar
tan oculto, que no esté
expuesto ni a oír su nombre;
y pues el bosque que ves
aun al sol se le está hurtando
el frondoso anochecer
y el negro verdor de tanto
melancólico ciprés,
que a la luz que entrar procura
más es muralla que red,
con una ociosa fatiga
en su quietud viviré,

donde olvidaré a esta ingrata
en tanta soledad, pues
en quietud tan horrorosa
y en tanta soledad, ¿quién
ha de acordármela?

Sale el Pensamiento con alas y el rostro cubierto con velos de varios colores.

PENSAMIENTO

Yo.

ORLANDO

Cielos ¿aquí hubo de haber
quien me inquietase? ¿Quién eres,
vago acento que escuché?

PENSAMIENTO Canta.

Soy el Pensamiento tuyo,
alado monstruo que sé
los abismos penetrar
y las esferas correr.
Monstruo que monstruos concibo
en ideas, y de quien
no hay imposible seguro
ni aun dentro de la esquivéz.
Nieblas de varios colores
mi rostro ocultan, porque
tan veloz soy, que el pensar
acaba en desvanecer.
Precisa alhaja de ausentes
soy a costa de su fe,
porque no tienen más mal
que el dejarme a mí en su bien,
y así el curso detén
porque a mí no me puedes dejar
aunque me quieras perder.

ORLANDO

Ya que me has de acompañar
por fuerza en mi ausencia, ven;
y puesto que no hay amante
que ya el pesar, ya el placer
no consulte al pensamiento,
dime una verdad.

PENSAMIENTO

Sí haré,
aunque sé decirla a pocos;
pero si mentira es
la que hago a veces pensar,
también la esfuerzo a creer.

ORLANDO

Mi amor intenta conmigo
mis razones deshacer,
y yo procuro cegarme
y ensordecirme también,
por si puedo ignorar algo
de aquello mismo que sé.
Llégate, no pueda el Odio
nuestra plática entender,
que huyendo de mi razón
mi rendimiento cortés,
para buscarla disculpas
procuro guardarme de él,
¿podrá esta dulce enemiga
disculparse?

PENSAMIENTO

Puede ser.

ORLANDO

Bien hayas tú; pero dime
qué disculpa puede haber
sobre no poder dudar
que está ya en otro poder.

PENSAMIENTO

Ninguna.

ORLANDO

Mal hayas tú,
aleve y traidor.

PENSAMIENTO

¿Por qué?

ORLANDO

¿No dijiste que podría
hallar disculpa?

PENSAMIENTO

¿Y no ves
que a pensamientos celosos,
porque más varios estén
solo toca el vacilar
sin llegarse a resolver?

ORLANDO

¿Qué hará mi Angélica?

PENSAMIENTO

Yo lo representaré
a tu idea, pues no ignoras
que sé palacios hacer,
máquinas sé fabricar,
ilusiones proponer,
y que mágico interior
mutaciones correré
de infierno, gloria, palacio,
piélago, bosque y vergel,
y aun de vagas fantasías
que nunca pudieron ser,
y así a tu pregunta en ti
visible he de responder,
pues con especies que de ella
desde que la vi guardé,
te diré lo que imagino
que puede ahora suceder.

Córrese el foro de bosque y se descubre un gabinete con todos sus adornos. Estará en un estrado sentada Angélica, y en su regazo durmiendo Medoro, cubierto el rostro con un velo blanco; Belzoraida, Nicanora y otras damas, con abanicos de pluma, cantando y haciendo aire. Sea esta música muy suave y baja.

MUSICOS

Fuentecillas, no corráis;
vientecillos, no inspiréis;
pajarillos, silencio, quedito,
músicas hojas, pasito, ce, ce,
ni os desatéis en bullicios
ni en suspiros murmuréis;
los dulces picos callad,
las ramas enmudeced,
quedito, pasito, callad y atended,
que duerme mi amor y descansa mi bien.

ORLANDO

¡Oh, pensamiento traidor,
yo de tu encanto huiré!

Quiere irse y le detiene con violencia el Pensamiento.

PENSAMIENTO

No podrás, que sé arrastrar
a quien me empezó a tener.

ORLANDO

Pues ¿por qué me representas
mi mal, pudiendo mi bien?

PENSAMIENTO

Porque no siempre me puedo
de la verdad esconder,
y pensamiento de un noble,
por más que resuelto esté
a ir huyendo de su agravio
siempre va a parar en él.

BELZORAIDA Canta.

Fuentecilla bulliciosa,
la risa de plata ten,
que te hiela el murmurar
quien te condensó el correr.

NICANORA Canta.

Airecillos sonorosos,
el susurro suspended
con que organizáis suspiros
a las ramas de un laurel.

BELZORAIDA Canta.

Pajarillos, no celosos
en dulces quiebros cantéis
las alboradas de pluma
al joven amanecer.

NICANORA Canta.

Músicas hojas, callad,
y en sordo rumor haced
los murmúreos de gemir
arrullos de adormecer.

MÚSICOS

Fuentecillas, no corráis;
vientecillos, no inspiréis;
pajarillos, silencio, quedito,
músicas hojas, pasito, ce, ce,
ni os desatéis en bullicios
ni en suspiros murmuréis;
los dulces picos callad,
las ramas enmudeced,
quedito, pasito, callad y atended,
que duerme mi amor y descansa mi bien.

ANGÉLICA

¿Se ha dormido?

BELZORAIDA

Sí, señora.

ANGÉLICA

Pues blando letargo fue
de la confusa armonía
el dulcísimo tropel,
proseguid el lento ruido
de la suavidad, porque
a quien con cantar dormisteis
con callar no dispertéis,
pues en la idea, rumor
le podrá el silencio hacer.
Ni aun el aliento es ruidoso,
según le miro mover
con blanda respiración
sus dos hojas de clavel.
¡Oh, quién a su fantasía
pudiera vestir mi tez,
para que aun en el soñar
no me dejase de ver!
Si te hacen ruido mis ojos,
como dijiste tal vez,
ya que ocultando los tuyos
en soñoliento desdén
ensordeces tu semblante,
mi vista enmudeceré.
¡Quién a las auras pudiera,
porque más lentas estén,
dejarlas el inspirar
dejándolas el mover!

BELZORAIDA

Ternísima estás, señora,
y para propia mujer
ya es dulzura fastidiosa,
que amor de casados es
un dulcecillo casero
con sus resabios de miel.

ODIO

¿Y esto cómo no te irrita?

ORLANDO

¡Ay!, y cuánto mejor fue
la inquietud en vacilar
que este sosiego en creer.

MEDORO

¡Cielos, ay de mí!

ANGÉLICA

¿Qué escucho?,
que le oprime, al parecer,
de un funesto sueño alguna
perezosa pesadez.
Mi bien, ni penas soñadas
te quisiera dar, porque
aun lo que en ti imaginar
en mí será padecer.

ORLANDO

¿Por qué con nieblas me ocultas
el rostro a ese hombre?

PENSAMIENTO

Porque
lo que nunca vi, no puedo
copiar, sino comprender;
y así, solo un africano
galán te representé,
sin que acierte con su rostro
mi fantástico pincel.

MUSICOS

Fuentecillas, no corráis;
vientecillos, no inspiréis;

pajarillos, silencio, quedito,
músicas hojas, pasito, ce, ce,
ni os desatéis en bullicios
ni en suspiros murmuréis;
los dulces picos callad,
las ramas enmudeced,
quedito, pasito, callad y atended,
que duerme mi amor y descansa mi bien.

Levántase Medoro asustado.

MEDORO

Infeliz; pero ¡qué miro!
¡Ay, Angélica, ay, mi bien!
Halle sagrado en tus brazos
una ilusión, y aun no sé
si podrá tanto gozar
desmentir tanto temer.

ORLANDO

Ya esto no puede sufrirse;
Odio, pedazos haré
Luchando con el Pensamiento.
a mi Pensamiento mismo,
pues se entró Medoro en él
y yo no he de perdonarle
adonde quiera que esté.

PENSAMIENTO

Toda esa vaga ilusión
al aire desvaneced.

Desvanécese el gabinete.

MUSICOS

Silencio, quedito, callad y atended,
que duerme mi amor, que descansa mi bien.

ORLANDO

¿Por qué ahora me le ocultas,
si antes con tirana ley
a imaginar me forzabas
esta ilusión?

PENSAMIENTO

Fuerza fue
que dejases de pensar
de tu mal en lo cruel
si todo el imaginar
pasaste al enfurecer.

ORLANDO

Pues, traidor, si he de ausentarme,
porque no pueda otra vez
representarme tu magia
los celos que yo engendré,
he de ausentarme sin ti.
Quédate.

PENSAMIENTO

No puede ser.

ORLANDO

Pues ¿de qué me sirve huir?
¿De qué sirve interponer
entre mi agravio y mis ojos
las distancias que volé,
si tú siempre has de seguirme,
y con perspicacia infiel
las ofensas más distantes
sabes no solo atraer,
pero el óptico cristal
con que tu aprehensión las ve
cuanto más lejos las mira
tanto las hace crecer?
Si en mi pensamiento traigo
conmigo mi mal, ¿de qué
sirve huir, pues no hay lugar
que de él me pueda esconder?
¿Qué importa que mude lecho
el enfermo, si con él
va siempre arraigada al alma
la fiebre que le hace arder
y está toda su aprehensión
encendiéndose en su sed?
¿Qué importa que huyendo vaya
la mano que le hirió quien
va tremolando las plumas
del vibrado arpón cruel,
y le hace más penetrar
el impulso del correr?

¿Qué importa que de la cárcel
huya la odiosa pared
quien hollando su delito
lleva la cadena al pie?
Y si ya el veneno traigo
que llegué incauto a beber,
¿qué importa que el vaso huya
donde el tósigo agoté?
A los hermosos jardines
de Melisa he de volver
a preguntarle si sabe
dónde se oculta mi bien,
dónde mi Angélica está,
que más quiero su esquivez
presente adorar, que no
ausente comprender.
Ya sé que es ajena, ya
toda mi desdicha sé,
mas no deja de ser verla
el verla en otro poder.
Odio, ¿qué dices?

ODIO

Que vuelvas,
que siempre mi parecer
es, no el huir y olvidar,
sino el ver y aborrecer.

ORLANDO

¿Y tú, Pensamiento?

PENSAMIENTO

Yo
forzado te volveré
donde ella está, pues Melisa
-como espíritu lo sé,
no como su pensamiento-
la tiene, y no has menester
andar mucho, que en su encanto
ha sido quizá también
fantástica la distancia
de este bosque a su vergel.

ORLANDO

Pues a Melisa volvamos,
y pues arrastrar me veis

del Pensamiento y el Odio,
flores del verde plantel,
troncos de la selva umbrosa,
luces del azul dosel,
nadie se ausente con celos,
cuyo bulto es al revés
de los cuerpos, si a la vista
los lejos le hacen crecer.

ODIO

Nadie se ausente con celos,
que aunque se aleje tal vez,
si lleva consigo el Odio
lleva el agravio también.

PENSAMIENTO

Nadie se ausente con celos,
que aunque se aleje tal vez,
si su Pensamiento lleva
él le arrastrará a volver.

Entranse por un bastidor y salen por otro en cuyo ínterin se descubre el jardín y salen cuatro galanes y cuatro damas francesas con mascarillas y hachetas formando un sarao, y detrás de todos Melisa.

MUSICOS

Toda fiesta y alegría
sean la noche y el día,
músicas todo y todo primor,
sin que algún dolor lo impida,
pues se marchita la vida
antes que el alba comience a ser flor.

Lazos.

ORLANDO

¡Tan presto habemos llegado!

PENSAMIENTO

¿Qué te admiras si corremos
con mis alas?

ORLANDO

¿Qué festín
será aquel, ay santos cielos?

¡Cómo mi pesar se asusta
de cualquier placer ajeno!

MELISA Canta.

Aquel ruiñeñor ausente
cuyos blandos tristes ecos,
aunque su queja endulzaron
no suavizaron sus celos,
olvida en fin sus ansias
cansado de lamentos,
y cláusulas trina

de armónicos quiebros.

Aquella tórtola viuda
que con su canto funesto
en tristes voces vestía
lutos del oído al viento,
nuevo consorte admite
y en más suaves metros
el tálamo arrulla

con amantes gorjeos.

Esta hiedra a cuya copia
cortaron el olmo excelso
dejando heredar al sol
la sombra que hizo primero,
a aquel laurel cercano
tendiendo sus renuevos
en dóciles lazos
le da nudos tiernos.

Esta fuente que a la imagen
de quien se miró en su espejo
fingió en sus ondas viriles
de los cristales más tersos,
también cuando otro rostro
llega a mirarse en ellos,
en jóvenes risas
copia los reflejos

Todo se muda, todo se acaba:
si el bien se nos huye, los males gastemos;
tenga dolor antiguo
cuidado nuevo
porque esto de lo firme es atributo
más propio de un peñasco que de un pecho.

DAMA 1ª. Canta.

Orlando, en fiestas y bailes
divierte tus males, puesto

que el ruido y el bullicio si el mal no destierran
le estorban la quietud al sentimiento.

DAMA 2ª. Canta.

No con tu dolor a solas
estés; diviértete cuerdo;
acude a festines, pues no hay en los males
cosa más peligrosa que el sosiego.

DAMA 3ª. Canta.

Aquí hay muchas hermosuras
que atenderán a tu ruego;
atiéndelas tú, que de amor en los males
con un afecto se olvida otro afecto.

DAMA 1ª. Canta.

Las bellezas que aquí miras
te ofrecerán digno empleo,
pues tu elección te tendrá más dudoso
que su hermosura te tiene suspenso.

MUSICOS.

Toda fiesta y alegría
sean la noche y el día,
músicas todo y todo primor,
sin que algún dolor lo impida,
pues se marchita la vida
antes que el alba comience a ser flor.

Lazos y vanse.

MELISA

¿Te has divertido?

ORLANDO

¡Ay, Melisa!,
y cómo en mis ansias veo
lo poco que de ellas sabes,
pues pretendes que con celos
ya que del amor me olvide
me olvide del sentimiento.
¿Qué importa que de otras damas
me ofrezcas halagos tiernos,
si a mi amor ningún cariño
parece como aquel ceño?
En todos estos festines

se hallará como extranjero
el gusto, en mi dulce ingrata
echando su patria menos,
y todas las diversiones
se me volverán acuerdos.
Este es el mayor peligro
que en su adversidad tuvieron
soberanas elecciones,
pues no hallando otro sujeto
tan igual, en rostro alguno,
se halla a su falta el consuelo
y es infeliz el cuidado
porque fue sumo el acierto.

MELISA

Ya de mi ciencia procuro
tentar el último medio:
una sombra de Medoro
fabricad, que haga desprecios
a Angélica, por si acaso
con la venganza le templo.

Sale Medoro huyendo de Angélica.

MEDORO

Déjame, mujer, ¿qué intentas?
El bien que logré en tu empleo
¿quieres que de muy continuo
se introduzca ya a molesto?
Deja que de ser dichoso
descanse un poco el contento
y que conozca la dicha
el rato que no la tengo.

ANGÉLICA

Mi bien, si ansiosa te adoro,
¿qué puedo hacer, cuando temo
que si no te estoy mirando
mis ojos te van perdiendo?

ORLANDO

¿No es ésta Angélica?

MELISA

Sí.

ORLANDO

¿Y quién es aquel grosero
desvanecido?

MELISA

Medoro
es; templa, Orlando, tu incendio
pues la desprecia.

ORLANDO

¡Ay bien mío!
¿En tal estado te ha puesto
tu elección? ¿Un africano
desdeña con tanto imperio
lo que yo con tanto amor
a costa del alma pierdo?
Cuando no te diera muerte,
¡oh, atrevido!, por mis celos,
por este desprecio solo
lo hiciera. ¡Muere!

ANGÉLICA

Tente Orlando.

ORLANDO

¿Tú de mí
le defiendes? Este empeño
me irrita más.

ODIO

No le mates.

ORLANDO

¿Tú, Odio, que tan sangriento
me aconsejabas vengarme,
oponiéndote a mi esfuerzo
le defiendes?

ODIO

Sí.

ORLANDO

No harás.

Luchando se le cae el Odio la mascarilla.

ODIO
Sí haré.

ORLANDO
Quita; mas ¿qué veo?
La máscara con la lucha
se te cayó, y ahora advierto
que eres Amor.

ODIO
Es verdad.

ORLANDO
¿Cómo, traidor encubierto,
estás con máscara de Odio?

ODIO
Como el querer con deseo
de venganza, en los amantes
es tan equívoco afecto
que siendo un amor rabioso
parece aborrecimiento.

ORLANDO
¿Que a ella diese muerte no
me aconsejabas severo?

ODIO
Esa fue fineza airada,
hija de un cariño tierno,
que de un amor ofendido
es ira el primer consejo.

MEDORO
Yo te volveré a buscar
con armas. Aparte Este es pretexto
de desvanecer la imagen
que di de Medoro al viento.

ORLANDO
Seguiréte.

ANGÉLICA
No le sigas,
si algo contigo merezco,

que no es amor el amor
que poco advertido y cuerdo,
por esforzar la fineza
quiere arruinar el objeto.
Medoro no tiene culpa,
para que intentes tan fiero
en él vengarte de mí;
mueva siquiera tu pecho
con el llanto que derramo
la primer piedad que vierto.

ORLANDO

Aguarda, ingrata, no llores,
que aun en la fragua que siento
en el alma, a fuer de fragua,
con agua se aviva el fuego.
En una lágrima tuya
naufraga todo mi esfuerzo.
¿Lágrimas tú, vida mía?
¿Desde cuándo acá aprendieron
piedades tus ojos? ¡Ay!,
y cómo es hechizo nuevo
este, por ser la primera
señal que en ti experimento
de humana... Mas si por él
son ¿para qué me enternezco,
si aquí cualquiera cordura
parecerá sufrimiento?
Buscarle quiero y huirla;
mira, ingrata, lo que has hecho;
todo mi valor infamas
con tu dulce llanto, puesto
que huyo, porque mi valor
tiene de mis ojos miedo
y temo, porque no llores,
sufrir a Medoro. Cielos,
libradme de mis piedades,
pues de las tuyas me ausento,
y mira, adorada ingrata,
cuál debo de ir, pues si llevo
el odio vuelto en amor
dejo en ti mi pensamiento.

Vase con el Odio.

PENSAMIENTO

Para que tú quieto vayas
en mala parte me quedo.

Vase por otra parte.

ANGÉLICA

Ya de Angélica la sombra
fingí, sin ser de provecho
mi astucia. ¿Qué es lo que mandas?

MELISA

Que desvanezcas el bello
bulto que al aire vestiste
de Angélica.

Desaparece.

ANGÉLICA

Ya obedezco.

MELISA

¿Astolfo?

Sale Astolfo.

ASTOLFO

¿Qué es lo que intentas?,
que tus experiencias viendo,
desengañado de que
no bastará humano medio
a sanar a Orlando, a dar
el aviso a París vuelvo.

MELISA

Todavía has de aguardarte,
que poco tiempo perdemos
en intentar por locura
curarla, no distinguiendo
que sea afección del alma
ya, sino infección del cuerpo.
La luna, húmedo planeta,
en el humano cerebro
tiene dominio; este es
del juicio corte y asiento,
de donde se ha originado
que lunáticos llamemos

vulgarmente a los que viven
de aquella región enfermos;
los nebulosos palacios
de la luna penetremos,
tú en el hipogrifo y yo 2800
en un dragón que el averno
abortará a mis conjuros,
pues demás de que en su centro
se guardan todos los juicios
que en el mundo se perdieron,
como en la esfera de aquel
planeta que influye en ellos,
en los montes de la luna
muchas hierbas hallaremos
que el temple de la cabeza
fortalezcan.

ASTOLFO

Aunque creo
que han de ser esos palacios
fantásticos, no pretendo
que con mi pereza excuse
la Fortuna sus defectos,
por si alguna alegoría
se oculta quizá en el velo
de esa ficción ingeniosa,
pues no repugna a lo cierto
ser artificioso el modo
siendo verdad el remedio.
Al hipogrifo.

MELISA

Al dragón.

ASTOLFO

Bruto alado.

MELISA

Monstruo fiero.

LOS 2

A tu ligereza fío
la seguridad y el vuelo

Vanse.

Descúbrese la mutación del palacio de la Luna, toda de círculos de niebla hasta los primeros términos. En su centro está la Luna dando vueltas a un Orbe terrestre y eclipsándose a veces, donde se ve solo la cara de la que hace este planeta, las tres Parcas, la una hilando, otra devanando y otra con la tijera, y el Tiempo, de anciano con las alas y el reloj, anda en círculo continuo en torno de la mutación; está salpicado de limetas de varios colores.

MUSICOS.

Los vagarosos palacios
del cóncavo de la Luna
gira el Tiempo y las tres Parcas
su niebla habitan confusa.

ATROPOS Canta.

Atropos en los alientos
hila el estambre que anuda.

LAQUESIS Canta.

Láquesis va devanando
la sutil hebra caduca.

CLOTO Canta.

Que con su dura tijera
romperá Cloto sañuda.

LAS 3.

Pues al torno del tiempo anda la vida
en el cóncavo alcázar de la Luna.

LUNA Canta.

A mí, luciente deidad,
que la obscuridad nocturna
ya nebulosa platea,
ya caliginosa alumbra,
densos vapores componen
en vagas nieblas, que ahuman
de esplendores bulliciosos
salomónicas columnas;
girando a tornos la esfera
su móvil arquitectura
de la plata que yo engendro
forma sólidas molduras.
Todos los cuatro elementos
que en oposición aunan,
en mis palacios engasta
el globo que los circula.

MUSICA

Pues al torno del tiempo anda la vida
en el cóncavo alcázar de la Luna.

Sale por un lado delante del palacio Astolfo en el caballo, y Melisa por otro en el dragón.

MELISA Canta.

¡Oh, tú, Tiempo!, que en veloces
alas de invisible pluma,
girando la esfera a tornos
círculos de vidrio surcas;
tú, que siguiendo del sol
la carrera en veloz fuga,
impresa en signos y estrellas
dejas la planta caduca,
yo por el juicio de Orlando
vengo a ti, porque se arguya
si en su locura es verdad,
que todo el tiempo lo muda.
De los humanos remedios
mi ciencia le desahucia,
sin que a su dolor le quede
más remedio que tu cura.

ASTOLFO

Absorto estoy viendo cuánto
aun estas nieblas me alumbran.

EL Y MUSICOS

Y que al torno del tiempo anda la vida
en el cóncavo alcázar de la Luna.

TIEMPO Canta.

Mortales, si Orlando,
ansioso el afecto remedio le busca,
atended lo que el Tiempo os advierte,
que solo del tiempo los hombres estudian.
Estos vidrios que veis engastados
en nieblas confusas,
que iluminados de varios colores
encienden la vista y los ojos deslumbran
contienen los sesos de algunos mortales
que varia la Luna
en influencias al cerebro humano
altera mudable o húmeda chupa.

Este de Orlando es el seso perdido
que aquí se sepulta,
porque el juicio que amor le ha quitado
el tiempo en su curso se le restituya,
y así sin dejar mi esfera volante
desciendo a esta cura,
puesto que envuelto aun en vuestros alientos
entre vosotros el tiempo se oculta.

EL y MUSICOS

Pues al torno del tiempo anda la vida
en el cóncavo alcázar de la Luna.

Baja el Tiempo con una de las limetas en la mano.

MELISA Representa.

Ya que visible esta idea
mi encanto al mundo produzca,
y no es objección que aquí
lleguen mortales figuras
porque dentro de este globo
toda la tierra se funda,
cuantos ocultó mi encanto
dentro de mi misma gruta
salgan aquí con Orlando,
aprisionando sus furias
mis espíritus.

Sacan dos hombres como oprimido a Orlando, y luego toda la compañía va saliendo por distintos bastidores.

LOS 2

Veloces
tus órdenes ejecutan.

ORLANDO

Cielos ¿qué violencia es esta?

GABRINO

Aquí anda el diablo sin duda.

MEDORO

¿De qué letargo despierto
y qué ilusión me perturba?

ANGÉLICA

¿Qué nueva experiencia es esta?

ARMELINA

¿Qué intenta tu ciencia astuta?

TIEMPO

Mortales, no la verdad
esta ficción nos confunda;
aquí está el juicio de Orlando
que el Tiempo sabio procura
volverle.

TODOS

¿Cómo?

TIEMPO

Atended.

Tu ciencia, Melisa, nunca
se engañó; las persuaciones
que su entendimiento apura,
el odio vuelto en amor
que el olvido le estimula,
la ausencia que le aconseja
cómo vencerá en la fuga,
la diversión de otras damas
que alivien el pesar de una,
son eficaces remedios
para sanar su locura,
pero han de ser por mi mano,
Melisa, y no por la tuya,
porque aplicados sin tiempo
más el peligro apresuran.
Ven conmigo, Entendimiento,
ya que contigo se aúnan
Pensamiento, Olvido y Odio,
y veréis que su sañuda
cólera todos templáis,
volviéndole por mi industria
el juicio: sepan los hombres,
cuando más remedios buscan,
que locuras de los celos
el tiempo solo las cura.

Llegan todos y aplícale el Tiempo la redoma.

TODOS

Ya llegamos.

ORLANDO

¡Ay de mí!

¿Dónde estoy, de qué profunda
suspensión recuerdo?

ENTENDIMIENTO

Orlando,

cuánto mejor es que acuda
tu fama a París, que en tantas
olas de sangre fluctúa:
allí te llama tu fama.

OLVIDO

Y aquí en ocios te sepulta
el olvido.

ODIO

Ya tu ingrata
a ajeno dueño tributa
su favor.

PENSAMIENTO

Tu pensamiento
no ha de abatirse a que sufras
de una mudable deidad
la esquiva condición dura.

ORLANDO

Decís bien; vengan mis armas,
que un necio afecto me usurpa
los elogios que mi fama
en mis estatuas abulta.

A socorrer a París
voy veloz, no digan nunca
que por celos, de mi fama
se divorció mi cordura.

TIEMPO

¿Veis cómo aprovecha ahora
todo lo que antes se frustra?

GABRINO

Pues ...

¿para decirnos, en suma,
que el tiempo cura los celos
era tanta barahúnda?
Venlo aquí dicho más breve.

ORLANDO

¡Astolfo, Armelina! Juntas
hoy todas las dichas vienen.

ARMELINA

No habrá para mí ninguna
como verte, Orlando, bueno.

ASTOLFO

Esa es mi mayor ventura.

ORLANDO

Allí está Angélica. Cielos,
qué poco ahora me asusta
verla. ¡Ay, Armelina, cuánto
descansa en ti mi fortuna,
conociendo cuánto es más
tu lealtad que su hermosura!

ANGÉLICA

Ya con lo que ves, Medoro,
de tu peligro segura
contigo a mi patria vuelvo.

MEDORO

Nada mi amor te pregunta,
que aunque nada entiendo, infiero
de tantas cosas confusas
que tú eres, en fin, quien eres,
y mi sosiego procuras,
pues de ti ni de mí puedo
formar presunción injusta.

BATO

No se olvide el brazalete.

ARMELINA

Ya he dicho, Bato, que acudas
a mi quinta.

ORLANDO

Donde intento
que mi fe me constituya
tu esclavo, viendo que antes
que yo me ausente, me anuda
a tu cuello, de Himeneo
la siempre dulce coyunda.

GABRINO
¿Qué más falta?

TIEMPO
Que antes que
la máquina se desuna
del fantástico palacio
en que Melisa conjura
sus espíritus, el Tiempo
esta tijera sañuda

Quítale a Cloto la tijera.

quite a la parca, que en años
de Majestad tan augusta
no tiene jurisdicción,
porque a par del tiempo duran
y aun más allá de los siglos
volará la fama suya.

MELISA
Y desvanecido todo
el encanto, que en mi gruta
fabiqué en este argumento
que el Ariosto dibuja
en el poema que canta
de Orlando las aventuras,
visiblemente en ficciones
cómico ingenio divulga,
que las locuras de celos
el tiempo solo las muda,
diciendo al desvanecerse
las vagas arquitecturas:

TODOS Y MUSICOS
Que a los tornos del tiempo anda la vida
en el cóncavo alcázar de la Luna.

FIN

